

Traducción de
EDUARDO L. SUÁREZ
Traducción del Prólogo y la Introducción
RICARDO RUBIO

KARL POLANYI

LA GRAN TRANSFORMACIÓN

*Los orígenes políticos y económicos
de nuestro tiempo*

Prólogo de
JOSEPH STIGLITZ
Introducción de
FRED BLOCK

José Luis Valascoy
nov. 14 / François Fortin



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

XIV. EL HOMBRE Y EL MERCADO

LA SEPARACIÓN DEL TRABAJO de otras actividades de la vida y su sometimiento a las leyes del mercado equivalió a un aniquilamiento de todas las formas orgánicas de la existencia y su sustitución por un tipo de organización diferente, atomizado e individualista.

Tal plan de destrucción se vio muy bien servido por la aplicación del principio de la libertad de contrato. Esto significaba, en la práctica, que habrían de liquidarse las organizaciones no contractuales del parentesco, la vecindad, la profesión y el credo, porque reclamaban la lealtad del individuo y así restringían su libertad. La representación de este principio como la ausencia de interferencia, como lo hacían los liberales económicos, sólo expresaba un prejuicio arraigado en favor de una clase definida de interferencia: la que destruyera las relaciones no contractuales existentes entre los individuos e impidiera su reformación espontánea.

Este efecto del establecimiento de un mercado de mano de obra es evidente ahora en las regiones coloniales. Los nativos se ven obligados a ganarse la vida vendiendo su trabajo. Para tal fin, sus instituciones tradicionales deben ser destruidas, y debe impedirse su reconstitución, ya que el individuo de la sociedad primitiva no está en general amenazado por la inanición, a menos que toda la comunidad afronte tal situación. Bajo el sistema de tierra *kraal* de los kaffir, por ejemplo, "la destitución es imposible: quienquiera que necesite ayuda la recibirá incuestionablemente".¹ Ningún kwakiutl "corrió jamás el riesgo de padecer hambre".² "No hay inanición en las sociedades que viven en el margen de subsistencia."³ El principio de la ausencia de inanición se reconoció también en la comunidad aldeana india, y casi bajo cualquier tipo de organización social hasta principios del siglo XVI en Europa, cuando se debatían en la Sorbona las ideas modernas sobre los pobres sugeridas por el humanista Vives. Es la ausencia de la amenaza de inanición individual lo que vuelve a la sociedad primitiva, en cierto sentido, más hu-

¹ Mair, L. P., *An African People in the Twentieth Century*, 1934.

² Loeb, E. M., "The Distribution and Function of Money in Early Society", en *Essays in Anthropology*, 1936.

³ Herskovits, M. J., *The Economic Life of Primitive People*, 1940.

mana que la economía de mercado, y al mismo tiempo menos económica. Irónicamente, la contribución inicial del hombre blanco al mundo del hombre negro consistió principalmente en su introducción a los usos del flagelo del hambre. Por ejemplo, los colonizadores podrían decidir la tala de árboles del pan a fin de crear una escasez artificial de alimentos, o podrían imponer a los nativos una tributación por choza para obligarlos a ofrecer su trabajo. En ambos casos, el efecto será similar al de los cercamientos de los Tudor con su secuela de hordas vagabundas. Un reporte de la Liga de las naciones señalaba con justificado horror la aparición reciente de esa figura ominosa del escenario europeo del siglo XVI, el "hombre sin amo", en el breñal africano.⁴ A fines de la Edad Media, esta figura se había encontrado sólo en los "intersticios" de la sociedad.⁵ Pero fue el antecesor del trabajador nómada del siglo XIX.⁶

Ahora bien, lo que todavía puede practicar ocasionalmente el hombre blanco en las regiones remotas de hoy, la destrucción de estructuras sociales para extraer de ellas el elemento del trabajo, lo hicieron hombres blancos a poblaciones blancas, para propósitos similares, durante el siglo XVIII. La grotesca visión que del Estado tenía Hobbes —un Leviatán humano cuyo enorme cuerpo estaba integrado por un número infinito de cuerpos humanos— se vio ampliamente superada por la construcción ricardiana del mercado de mano de obra: un flujo de vidas humanas cuya oferta estaba regulada por la cantidad de alimentos puesta a su disposición. Aunque se reconoció que existía un nivel tradicional, más allá del cual no podrían bajar los salarios de los trabajadores, se pensaba también que esta limitación se haría efectiva sólo si el trabajador se veía reducido a la elección de quedarse sin alimento u ofrecer su trabajo en el mercado por el precio que alcanzara. Por cierto, esto explica una omisión por lo demás inexplicable de los economistas clásicos, a saber: por qué sólo el castigo de la inanición, no la atracción de los salarios elevados, se consideraba capaz de crear un mercado de mano de obra funcional. También aquí, la experiencia colonial ha confirmado la de tales economistas. Porque entre mayores sean los salarios, menor será el incentivo para que los nativos se esfuercen, ya que al revés de lo que ocurre con el hombre blanco los nativos no se ven impulsados por sus patrones culturales a ganar todo el dinero que se pueda. La analogía era más notable aún

⁴ Thurnwald, R. C., *op. cit.*

⁵ Brinkmann, C., "Das soziale System des Kapitalismus", en *Grundriss der Sozialökonomik*, 1924.

⁶ Toynbee, A., *Lectures on the Industrial Revolution*, 1887, p. 98.

por el hecho de que también los primeros obreros aborrecían la fábrica, donde se sentían degradados y torturados, como los nativos que a menudo se resignan a trabajar a nuestro modo sólo cuando se ven amenazados con el castigo corporal, si no es que con la mutilación física. Los fabricantes de Lyon del siglo XVIII pedían bajos salarios primordialmente por razones sociales.⁷ Afirmaban que sólo un obrero excesivamente trabajado y deteriorado renunciaría a asociarse con sus camaradas para escapar de la condición de servidumbre personal en la que podía obligársele a hacer lo que su amo deseara. La compulsión legal y la servidumbre parroquial como en Inglaterra, los rigores de una política laboral absolutista como en el continente, el trabajo obligatorio como en las primeras colonias americanas, eran las condiciones del "trabajador obediente". Pero se alcanzó la etapa final con la aplicación del "castigo de la naturaleza": el hambre. A fin de desatar tal castigo, había necesidad de liquidar la sociedad orgánica, la que se negaba a permitir que el individuo se muriera de hambre.

La protección de la sociedad se encomienda en primera instancia a los gobernantes, quienes pueden imponer directamente su voluntad. Sin embargo, los liberales económicos suponen con demasiada facilidad que los gobernantes económicos tienden a ser benéficos, lo que no ocurre con los gobernantes políticos. Adam Smith no parecía pensar así cuando aconsejaba la imposición del gobierno británico directo en la India, en lugar de la administración ejercida a través de una compañía certificada. Afirmaba Smith que los gobernantes políticos tendrían intereses paralelos a los de los gobernados cuya riqueza incrementaría sus recaudaciones, mientras que los intereses de los comerciantes eran naturalmente antagónicos de los intereses de sus clientes.

Por interés e inclinación, correspondió a los terratenientes de Inglaterra la protección de la vida de la gente común frente a los ataques de la Revolución industrial. Speenhamland fue un foso cavado en defensa de la organización rural tradicional, cuando el remolino del cambio estaba barriendo al campo, y de paso convirtiendo a la agricultura en una industria precaria. En su renuencia natural a plegarse a las necesidades de las ciudades manufactureras, los terratenientes fueron los primeros en oponer resistencia en la que sería la batalla perdida del siglo. Pero su resistencia no era vana; impidió la ruina por varias generaciones y ganó tiempo para un reajuste casi completo. Durante un periodo crítico de 40 años, retardó el progreso económico, y en 1834, cuando el parlamento de la reforma abolió a Speenham-

⁷ Heckscher, E. F., *op. cit.*, vol. II, p. 168.

land, los terratenientes cambiaron su resistencia hacia las leyes fabriles. La Iglesia y el feudo estaban azuzando ahora a la gente contra los propietarios de fábricas cuyo predominio haría irresistible el clamor por los alimentos baratos, lo que indirectamente amenazaría con reducir las rentas y los diezmos. Oastler, por ejemplo, era "un eclesiástico, un tory y un proteccionista";⁸ además, era también un humanitario. También lo eran, con mezclas variadas de estos ingredientes de socialismo tory, los otros grandes luchadores del movimiento fabril: Sadler, Southey y lord Shaftesbury. Pero la premonición de las amenazantes pérdidas pecuniarias que impulsó al grueso de sus seguidores estaba muy bien fundada: los exportadores de Manchester estaban pronto clamando por salarios más bajos que involucraban granos más baratos: la derogación de Speenhamland y el crecimiento de las fábricas allanó efectivamente el camino para el éxito de la agitación contra las Leyes de granos en 1846. Sin embargo, por otras razones, la ruina de la agricultura se pospuso en Inglaterra durante toda una generación. Mientras tanto, Disraeli basaba el socialismo tory en una protesta contra la reforma a la Ley de pobres, y los terratenientes conservadores de Inglaterra imponían a una sociedad industrial técnicas de vida radicalmente nuevas. La Ley de las diez horas de 1847, que Karl Marx aclamara como la primera victoria del socialismo, fue obra de reaccionarios ilustrados.

Los propios trabajadores tuvieron escasamente alguna influencia sobre este gran movimiento que tuvo el efecto, en sentido figurado, de permitir que sobrevivieran durante el pasaje intermedio. Tuvieron casi tan poco que decir en la determinación de su propio destino como la carga negra de los barcos de Hawkins. Pero fue precisamente esta ausencia de una participación activa de la clase trabajadora británica en la decisión de su propio destino lo que determinó el curso de la historia social inglesa y lo hizo, para bien o para mal, tan diferente del curso seguido en el continente.

Hay algo peculiar en las excitaciones aleatorias, los fracasos y errores de una clase naciente, cuya verdadera naturaleza ha revelado la historia desde hace largo tiempo. En términos políticos, la clase trabajadora británica fue definida por la Ley de reforma parlamentaria de 1832 que le negó el voto; en términos económicos, por el Acta de reforma de la Ley de pobres de 1834, que la excluía del subsidio y la distinguía de los indigentes. Durante algún tiempo, la clase trabajadora industrial no estaba segura de que su salvación no residiera después de todo en un retorno a la existencia rural y las condi-

⁸ Dicey, A. V., *op. cit.*, p. 226.

ciones de la artesanía. En los dos decenios siguientes a Speenhamland, sus esfuerzos se concentraron en la cesación del libre uso de la maquinaria, ya fuese mediante la aplicación de las cláusulas del aprendizaje del Estatuto de artífices o mediante la acción directa como en el ludismo. Esta actitud de mirar hacia atrás persistió como una corriente subterránea a través del movimiento de Owen hasta fines de los años cuarenta, cuando la Ley de las diez horas, el eclipse del cartismo y el inicio de la Edad dorada del capitalismo nublaron la visión del pasado. Hasta entonces, la clase trabajadora británica *in statu nascendi* era un enigma para ella misma; y sólo si seguimos con entendimiento sus esfuerzos semiinconscientes podremos apreciar la inmensidad de la pérdida experimentada por Inglaterra a través de la exclusión de la clase trabajadora de una participación igual en la vida nacional. Cuando el owenismo y el cartismo se habían disipado, Inglaterra se había empobrecido por esa sustancia con la que el ideal anglosajón de una sociedad libre pudo haberse fortalecido para varios siglos futuros.

Aunque el movimiento owenista hubiese producido sólo actividades locales insignificantes, habría constituido un monumento a la imaginación creativa de la raza, y aunque el cartismo no salió jamás de los confines del núcleo que concebía la idea de una "fiesta nacional" para ganar los derechos del pueblo, habría demostrado que algunos miembros del pueblo eran capaces todavía de soñar sus propios sueños, y estaban tomando la medida de una sociedad que había olvidado la forma del hombre. Pero no ocurrió ni una cosa ni otra. El owenismo no fue la inspiración de una secta pequeña, ni el cartismo se restringió a una *élite* política; ambos movimientos involucraron a centenares de miles de practicantes de oficios y artesanos, jornaleros y trabajadores, y con sus numerosos partidarios se colocaron entre los movimientos sociales más grandes de la historia moderna. Pero aunque eran tan diferentes y sólo coincidieron en la medida de su fracaso, estos movimientos sirvieron para probar cuán inevitable era desde el principio la necesidad de proteger al hombre contra el mercado.

El Movimiento owenista no era originalmente político ni de la clase trabajadora. Representaba las aspiraciones de la gente común, aplastada por la llegada de la fábrica, para descubrir una forma de existencia que hiciera del hombre el amo de la máquina. En esencia, buscaba lo que para nosotros parecería una evitación del capitalismo. Por supuesto, tal fórmula no podría dejar de ser algo engañosa, porque todavía se desconocían el papel organizador del capital y la naturaleza del mercado autorregulado. Sin embargo, es posible que constituya la mejor expresión del espíritu de Owen, quien ob-

viamente no era un enemigo de la máquina. Creía Owen que, a pesar de la máquina, el hombre debiera seguir siendo su propio empleador; el principio de la cooperación o la "unión" resolvería el problema de la máquina sin sacrificar la libertad individual ni la solidaridad social, ni la dignidad del hombre ni su simpatía con sus semejantes.

La fuerza del owenismo residía en el hecho de que su inspiración era eminentemente práctica, pero sus métodos se basaban en una apreciación del hombre como un todo. Aunque los problemas eran intrínsecamente los de la vida cotidiana tales como la calidad de la alimentación, la vivienda y la educación, el nivel de los salarios, la evitación del desempleo, el sostén en la enfermedad y desgracias semejantes, las cuestiones involucradas eran tan amplias como las fuerzas morales a las que apelaban. La convicción de que la existencia del hombre podría restablecerse si sólo se encontrara el método correcto, permitió que las raíces del movimiento penetraran a esa capa más profunda donde se forma la personalidad misma. Raras veces se ha contemplado un movimiento social de alcance similar menos intelectualizado; las convicciones de quienes participaban en tal movimiento imbuían de significado incluso sus actividades aparentemente más triviales, de modo que no se necesitaba ningún credo establecido. En efecto, su fe era profética, ya que insistían en métodos de reconstrucción que trascendían a la economía de mercado.

El owenismo era una religión de la industria cuyos fieles eran los miembros de la clase trabajadora.⁹ Su riqueza de formas e iniciativas no tenía rival. Prácticamente fue el inicio del movimiento sindical moderno. Se fundaron sociedades cooperativas, dedicadas principalmente al comercio de menudeo con sus miembros. Por supuesto, no se trataba de cooperativas de consumidores regulares, sino de tiendas apoyadas por entusiastas decididos a dedicar los beneficios de la aventura a la promoción de los planes owenistas, preferiblemente al establecimiento de Aldeas de cooperación. "Sus actividades eran tan educativas y propagandistas como comerciales; su objetivo era la creación de la Nueva sociedad mediante su esfuerzo asociado." Las "Tiendas sindicales", establecidas por miembros de los sindicatos, eran más bien cooperativas de productores donde los artesanos desempleados podían encontrar trabajo, o en el caso de las huelgas, ganar algo de dinero en lugar del subsidio de huelga. En la "Bolsa de trabajo" owenista, la idea de la tienda cooperativa se convirtió en una institución *sui generis*. En la base

⁹ Cole, G. D. H., *Robert Owen*, 1925, una obra que hemos utilizado ampliamente.

de la Bolsa o el Bazar se encontraba la confianza en la naturaleza complementaria de los oficios; al proveer a sus necesidades recíprocas, los artesanos se emanciparían de los altibajos del mercado; esto se vio acompañado más tarde por el uso de notas de trabajo que tuvieron una circulación considerable. Tal dispositivo podría parecer fantástico en la actualidad; pero en la época de Owen no se había explorado todavía el carácter del trabajo asalariado ni el de los billetes bancarios. El socialismo no era esencialmente diferente de los proyectos e inventos rebosantes en el movimiento benthamista. No sólo la oposición rebelde, sino también la respetable clase media, tenía todavía un talante experimental. El propio Jeremy Bentham invirtió en el proyecto de educación futurista de Owen en Nueva Lanark, y ganó un dividendo. Las Sociedades owenistas propiamente dichas eran asociaciones o clubes diseñadas en apoyo a los planes de Aldeas de cooperación como las que describimos en conexión con el subsidio otorgado a los pobres; éste fue el origen de la cooperativa de productores agrícolas, una idea de larga y distinguida prosapia. La primera organización nacional de productores con propósitos sindicalistas fue la Unión de constructores operativos, que trataba de regular directamente la actividad de la construcción mediante la creación de "edificios a la escala más extensa", la introducción de una moneda propia, y la aportación de los medios necesarios para la realización de "la gran asociación para la emancipación de las clases productivas". Las cooperativas de productores industriales del siglo XIX datan de esta aventura. Fue de la Unión o el Gremio de constructores y su "parlamento" que surgió el sindicato consolidado de oficios, más ambicioso aún, que durante breve tiempo incluyó a casi un millón de trabajadores y artesanos en su laxa federación de sindicatos y sociedades cooperativas. Su idea era la revuelta industrial por medios pacíficos, lo que no parecerá una contradicción en cuanto recordemos que en el amanecer mesiánico de su movimiento se suponía que la mera consciencia de su misión volvía irresistibles las aspiraciones de los trabajadores. Los mártires de Tolpuddle pertenecían a una rama rural de esta organización. La propaganda en favor de la legislación fabril se encargó a las Sociedades de regeneración; luego se fundaron sociedades éticas, antecesoras del movimiento secularista. En este ambiente se desarrolló plenamente la idea de la resistencia no violenta. Como el saint-simonianismo en Francia, el owenismo en Inglaterra exhibía todas las características de la inspiración espiritual; pero mientras que Saint-Simon trabajaba por un renacimiento del cristianismo, Owen fue el primer oponente del cristianismo entre los líderes modernos de la clase trabajadora. Por supuesto, las coope-

rativas de consumidores de Gran Bretaña, que encontraron imitadores por todo el mundo, fueron el fruto más eminentemente práctico del owenismo. El hecho de que su ímpetu se haya perdido —o mejor dicho, se haya mantenido sólo en la periferia del movimiento de los consumidores— fue la mayor derrota singular de las fuerzas espirituales en la historia industrial de Inglaterra. Pero un pueblo que —después de la degradación moral del período de Speenhamland— poseía todavía la resistencia requerida por un esfuerzo creativo tan imaginativo y sostenido, debe de haber tenido un vigor intelectual y emocional casi ilimitado.

El owenismo, con su dedicación al hombre como un todo, tenía todavía algo de esa herencia medieval de la vida corporativa que encontró su expresión en el Gremio de constructores y en el escenario rural de su ideal social, las Aldeas de cooperación. Aunque fue la fuente del socialismo moderno, sus propuestas no se basaban en la cuestión de la propiedad, que sólo es el aspecto legal del capitalismo. Al enfocar el nuevo fenómeno de la industria, como lo había hecho Saint-Simon, reconoció el desafío de la máquina. Pero, el rasgo característico del owenismo era su insistencia en el enfoque *social*: se negaba a aceptar la división de la sociedad en una esfera económica y una esfera política, y en efecto rechazaba por esa razón la acción política. La aceptación de una esfera económica separada habría implicado el reconocimiento del principio de la ganancia y el beneficio como la fuerza organizadora de la sociedad. Owen se negó a hacerlo. Su genio reconoció que la incorporación de la máquina sólo era posible en una sociedad nueva. Para Owen, el aspecto industrial de las cosas no se restringía en modo alguno a lo económico (esto habría implicado una visión comercializadora de la sociedad, lo que él rechazaba). Nueva Lanark le había enseñado que en la vida de un trabajador son los salarios sólo uno de muchos factores tales como el ambiente natural y hogareño, la calidad y los precios de los bienes, la estabilidad del empleo y la seguridad de su posición. (Las fábricas de Nueva Lanark, como lo hicieran antes otras empresas, mantenían a sus empleados en la nómina aunque no tuvieran trabajo para ellos.) Pero el ajuste incluía mucho más que eso. La educación de niños y adultos, la provisión de entretenimiento, baile y música, y el supuesto general de elevadas normas morales y personales para viejos y jóvenes, creaban la atmósfera en la que la nueva posición era alcanzada por la población industrial en conjunto. Miles de personas de toda Europa (y aun de los Estados Unidos) visitaban Nueva Lanark como si fuese una reservación del futuro en la que se hubiese realizado la hazaña imposible de operar exitosamente una fábrica con una población

humana. Y sin embargo, la empresa de Owen pagaba salarios considerablemente menores que los habituales en algunos pueblos vecinos. Los beneficios de Nueva Lanark surgían principalmente de la alta productividad de la mano de obra en jornadas más cortas, gracias a la excelente organización y al descanso de los trabajadores, ventajas que superaban al incremento de los salarios reales involucrado en las generosas provisiones para una vida decente. Pero tales provisiones explican por sí solas los sentimientos de adulación con los que sus trabajadores se aferraban a Owen. Fue de experiencias como éstas que extrajo Owen el enfoque social —es decir, más amplio que un enfoque puramente económico— para el problema de la industria.

Otro tributo a su perspicacia era el hecho de que, a pesar de esta visión comprensiva, captara la naturaleza incisiva de los hechos físicos concretos que dominaban la existencia del trabajador. Su sentimiento religioso se revolvía contra el trascendentalismo práctico de una Hannah More y sus "Cheap Repository Tracts". Uno de tales relatos elogiaba el ejemplo de una muchacha carbonera de Lancashire que fue bajada al socavón a la edad de nueve años para que actuara como sacadora junto con su hermano, dos años menor.¹⁰ "Alegremente lo siguió [a su padre] hacia el socavón de carbón, hundiéndose en las entrañas de la tierra, y así a una tierna edad, sin excusarse en su sexo, se unió al trabajo con los mineros, una estirpe de hombres duros en verdad, pero muy útiles para la comunidad." El padre murió en un accidente dentro de la mina, a la vista de sus hijos. La niña solicitó entonces un empleo de sirvienta, pero había un prejuicio en su contra porque había sido carbonera, y su solicitud fue rechazada. Por fortuna, por esa dispensa reconfortante por la que las aflicciones se convierten en bendiciones, su abnegación y paciencia se hicieron notar; se realizaron algunas investigaciones en la carbonera, y ella recibió tantas alabanzas que se le dio el empleo. "Esta historia", concluía el relato, "podría enseñar a los pobres que raras veces podrán encontrarse en condición tan baja en la vida que no puedan alcanzar cierto grado de independencia si se esfuerzan, y no puede haber ninguna situación tan vil que impida la práctica de muchas virtudes nobles." Las hermanas More preferían trabajar con trabajadores hambrientos, pero no llegaban a interesarse por sus sufrimientos físicos. Se inclinaban a resolver el problema físico del industrialismo mediante el simple otorgamiento de posición y función a los trabajadores, movidas por la plenitud de su magnanimidad. Hannah More insistía en que el padre de su heroína era un miembro

¹⁰ More, H., *The Lancashire Colliery Girl*, mayo de 1795; véase Hammond, J. L. y B., *The Town Labourer*, 1917, p. 230.

de la comunidad muy útil; el rango de su hija se establecía por el reconocimiento de sus empleadores. Hannah More creía que no se necesitaba más para el funcionamiento de una sociedad.¹¹ Owen se alejó de un cristianismo que renunciaba a la tarea de dominar el mundo del hombre, y que prefería exaltar la posición y la función imaginarias de la miserable heroína de Hannah More, en lugar de afrontar la horrible revelación que trascendía al Nuevo testamento, de la condición del hombre en una sociedad compleja. Nadie puede dudar de la sinceridad que inspiraba la convicción de Hannah More en el sentido de que entre más plenamente aceptaran los pobres su condición de degradación, con mayor facilidad alcanzarían las delicias celestiales de las que dependían su salvación y el funcionamiento regular de una sociedad de mercado en el que ella creía firmemente. Pero estas envolturas vacías del cristianismo, en las que estaba vegetando la vida interior de los más generosos de las clases altas, contrastaban lastimosamente con la fe creativa de esa religión de la industria en cuyo espíritu estaba el pueblo común de Inglaterra tratando de redimir a la sociedad. No obstante, el capitalismo todavía tenía un futuro por delante.

El Movimiento cartista apelaba a un conjunto de impulsos tan diferentes que casi habría podido pronosticarse su surgimiento tras el fracaso práctico del owenismo y sus prematuras iniciativas. Era un esfuerzo puramente político que trataba de influir sobre el gobierno a través de los canales constitucionales; su intento por presionar al gobierno se desenvolvía por los lineamientos tradicionales del Movimiento de reforma que había obtenido el voto para las clases medias. Los Seis puntos de la Carta demandaban un sufragio popular efectivo. La rigidez absoluta con la que tal extensión del voto fue rechazada por el Parlamento reformado durante un tercio de siglo, el uso de la fuerza en vista del apoyo masivo recibido por la Carta, el horror que sentían los liberales del decenio de 1840 por la idea del gobierno popular; probaban que el concepto de la democracia era extraño para las clases medias inglesas. Sólo cuando la clase trabajadora hubo aceptado los principios de una economía capitalista y los sindicatos habían hecho de la operación regular de la industria su preocupación principal, concedieron las clases medias el voto a los trabajadores mejor ubicados; es decir, mucho tiempo después de que el Movimiento cartista se había apagado y se había puesto en claro que los trabajadores no tratarían de usar su poder de voto en aras

¹¹ Véase Drucker, P. F., *The End of Economic Man*, 1939, p. 93, por lo que se refiere a los evangelistas ingleses; y *The Future of Industrial Man*, 1942, pp. 21 y 194, por lo que se refiere a la posición y la función.

de sus propias ideas. Desde el punto de vista de la difusión de las formas de existencia del mercado, esto pudo haber estado justificado porque ayudaba a superar los obstáculos planteados por las formas de vida, orgánicas y tradicionales, sobrevivientes entre los trabajadores. Pero no se realizó la tarea enteramente diferente de la restauración de la gente común cuya vida había sido desarraigada en la Revolución industrial, para llevarla a una cultura nacional común. El otorgamiento del derecho de voto, en un momento en que se había causado un daño irreparable a su capacidad de participación en el liderazgo, no podía restablecer la posición. Las clases gobernantes habían cometido el error de extender el principio del gobierno absolutamente clasista a un tipo de civilización que exigía la unidad cultural y educativa de la mancomunidad para que pudiera librarse de las influencias degenerativas.

El Movimiento cartista era político y por lo tanto más fácil de comprender que el owenismo. Pero es dudoso que la intensidad emocional, o incluso de la extensión de ese movimiento, pudiera entenderse sin una referencia imaginativa a la época. El periodo de 1789 a 1830 había hecho de la revolución una institución regular en Europa; en 1848, la fecha del levantamiento de París se pronosticó efectivamente, en Berlín y en Londres, con una precisión más habitual en lo referente a la apertura de una feria que a un estallido social, y pronto estallaron revoluciones de "secuela" en Berlín, Viena, Budapest y algunas ciudades italianas. También en Londres había alta tensión, porque todos —incluidos los propios cartistas— esperaban una acción violenta para obligar al Parlamento a otorgar el derecho de voto al pueblo (menos de 15% de los varones adultos tenía ese derecho). En toda la historia de Inglaterra, jamás hubo una concentración comparable de fuerzas listas para la defensa de la ley y el orden que el 12 de abril de 1848; ese día, centenares de miles de ciudadanos estaban preparados, en su capacidad de alcuaciles especiales, para esgrimir sus armas en contra de los cartistas. La Revolución de París llegó demasiado tarde para llevar a la victoria un movimiento popular en Inglaterra. Para ese momento se estaba desvaneciendo el espíritu de la revuelta desatada por el Acta de reforma a la Ley de pobres y por los sufrimientos de los Cuarenta hambrientos; la oleada del creciente comercio exterior estaba incrementando el empleo, y el capitalismo empezaba a entregar los bienes. Los cartistas se dispersaron pacíficamente. Su caso no fue considerado siquiera por el Parlamento sino en una fecha posterior, cuando su solicitud fue derrotada por una mayoría de cinco a uno en la Cámara de los comunes. En vano se habían recolectado millones de firmas.

En vano se habían comportado los cartistas como ciudadanos respetuosos de las leyes. Su Movimiento fue destruido por los victoriosos en medio del ridículo. Así terminó el mayor esfuerzo político del pueblo de Inglaterra por constituir a ese país en una democracia popular. Uno o dos años más tarde, el cartismo había sido olvidado.

La Revolución industrial llegó al continente medio siglo después. La clase trabajadora no había sido expulsada allí de la tierra por un movimiento de cercamientos; más bien, los atractivos de los mayores salarios y la vida urbana hacían que el jornalero agrícola semiservil desertara del feudo y emigrara a la ciudad, donde se unía a la clase media baja tradicional y tenía una oportunidad para adquirir un tono urbano. Lejos de sentirse rebajado, se sentía elevado por su nuevo ambiente. Las condiciones de la vivienda eran sin duda abominables, el alcoholismo y la prostitución proliferaban entre los estratos bajos de los obreros urbanos aun a principios del siglo xx. Pero no había comparación entre la catástrofe moral y cultural del aldeano inglés, o el inquilino de decente prosapia, que se hundía sin remedio en el pantano social y físico de los tugurios de alguna vecindad fabril, y el jornalero agrícola eslovaco, o pomeranio, que cambiaba casi de la noche a la mañana su situación de peón de residencia estable por la de un trabajador industrial en una metrópoli moderna. Un jornalero irlandés o galés, o de las Tierras altas de occidente, podría haber tenido una experiencia similar al escurrirse por los callejones de Manchester o de Liverpool; pero el hijo del pequeño agricultor inglés, o el aldeano expulsado, no sentían que su posición se hubiese elevado. Pero no era sólo que el campesino burdo del continente, recientemente emancipado, tuviese una buena oportunidad para elevarse hasta el nivel de las clases medias bajas de artesanos y comerciantes con sus antiguas tradiciones culturales, sino que incluso la burguesía, socialmente muy por encima de él, estaba políticamente en su mismo barco, casi tan alejada de las filas de la clase gobernante como el propio campesino. Contra la aristocracia feudal y el episcopado romano, las fuerzas de las nacientes clase media y clase trabajadora estaban estrechamente aliadas. Los intelectuales, en particular los estudiantes universitarios, cementaron la unión existente entre estas dos clases en su ataque común contra el absolutismo y el privilegio. Las clases medias inglesas, ya fuesen agricultores y comerciantes como en el siglo xvii, o granjeros y exportadores como en el siglo xix, eran suficientemente fuertes para vindicar sus derechos por sí solas, y ni siquiera en su esfuerzo semirrevolucionario de 1832 buscaron el apoyo de los trabajadores. Además, la aristocracia inglesa asimilaba infaliblemente a los más ricos de

los recién llegados y ampliaba los estratos superiores de la jerarquía social, mientras que en el continente la aristocracia todavía semifeudal no se casaba con los hijos de la burguesía, y la ausencia de la institución de la primogenitura los aislaba herméticamente de las otras clases. Cada paso afortunado hacia la igualdad de derechos y las libertades beneficiaba así a las clases medias y trabajadoras del continente por igual. Desde 1830, si no es que desde 1789, la tradición continental establecía que la clase trabajadora ayudaría en las batallas de la burguesía contra el feudalismo, aunque sólo fuese —según se decía— para ser engañada por la clase media en la repartición de los frutos de la victoria. Pero independientemente de que la clase trabajadora ganara o perdiera, incrementaba su experiencia, y sus objetivos se elevaban a un nivel político. Esto era lo que significaba la adquisición de una conciencia clasista. Las ideologías marxianas cristalizaban la perspectiva del trabajador urbano, a quien las circunstancias le habían enseñado a usar su fuerza industrial y política como un instrumento de alta política. Mientras que los trabajadores británicos forjaron una experiencia incomparable en los problemas personales y sociales del sindicalismo, incluidas las tácticas y la estrategia de la acción industrial, y dejaban la política nacional a sus superiores, el trabajador de Europa central se convirtió en un socialista político, acostumbrado a manejar los problemas de la gobernación, sobre todo los que se referían a sus propios intereses, como las leyes fabriles y la legislación social.

Si hubo una brecha de medio siglo, aproximadamente, entre la industrialización de Gran Bretaña y la del continente, había una brecha mucho mayor entre el establecimiento de la unidad nacional. Italia y Alemania llegaron apenas durante la segunda mitad del siglo XIX a la etapa de unificación que Inglaterra alcanzara varios siglos atrás, y los pequeños estados de Europa oriental alcanzaron esa etapa más tarde aún. En este proceso de construcción estatal, las clases trabajadoras desempeñaron un papel vital, lo que incrementó más aún su experiencia política. En la época industrial, tal proceso no podría dejar de incluir a la política social. Bismarck buscó la unificación del Segundo Reich mediante la introducción de un programa de legislación social que hiciera época. La unidad italiana se aceleró por la nacionalización de los ferrocarriles. En la monarquía austro-húngara, esa revuelta de razas y pueblos, la propia corona apeló en repetidas ocasiones a las clases trabajadoras en busca de apoyo para la obra de centralización y de unidad imperial. También en esta esfera más amplia, mediante su influencia sobre la legislación, los partidos socialistas y los sindicatos

descubrieron muchos resquicios para servir a los intereses del trabajador industrial.

Los prejuicios materialistas han nublado los grandes lineamientos del problema de la clase trabajadora. A los escritores británicos les ha resultado difícil comprender la terrible impresión causada a los observadores continentales por las condiciones existentes en Lancashire al principio del capitalismo. Tales escritores señalaron los niveles de vida aún más bajos de muchos artesanos de las industrias textiles de Europa central, cuyas condiciones de trabajo eran a menudo quizá tan malas como las de sus camaradas ingleses. Pero tal comparación oscurecía el punto principal, que era precisamente el ascenso de la posición social y política del trabajador del continente, en contraste con el descenso de tal posición en Inglaterra. El trabajador continental no había pasado por el degradante empobrecimiento de Speenhamland, ni había ningún paralelo en su experiencia con la lumbre de la Nueva ley de pobres. De la posición de un aldeano pasó —o se elevó, mejor dicho— a la de un trabajador fabril, y muy pronto a la de un trabajador con derecho al voto y a la sindicalización. Así escapó a la catástrofe cultural que siguió en Inglaterra a la Revolución industrial. Además, el continente se industrializó en una época en que el ajuste a las nuevas técnicas productivas ya se había vuelto posible, gracias casi exclusivamente a la imitación de los métodos ingleses de la protección social.¹²

El trabajador continental no necesitaba protegerse tanto contra el impacto de la Revolución industrial —en el sentido social, no hubo jamás tal cosa en el continente— como contra la acción normal de las condiciones fabriles y del mercado de mano de obra. Lo logró principalmente con la ayuda de la legislación, mientras que sus camaradas británicos recurrían en mayor medida a la asociación voluntaria —los sindicatos— y su poder para monopolizar la mano de obra. La seguridad social llegó relativamente mucho más pronto al continente que a Inglaterra. La diferencia se explicaba fácilmente por la inclinación política continental, y por la extensión comparativamente temprana del voto a las masas trabajadoras del continente. La diferencia existente entre los métodos de protección obligatorios y voluntarios —legislación contra sindicalismo— puede exagerarse fácilmente en términos económicos, pero en términos políticos tuvo grandes consecuencias. En el continente, los sindicatos fueron una creación del partido político de la clase trabajadora; en Inglaterra, el partido político fue una creación de los

¹² Knowles, L., *The Industrial and Commercial Revolution in Great Britain During the 19th Century*, 1926.

sindicatos. Mientras que en el continente se volvía el sindicalismo más o menos socialista, en Inglaterra hasta el socialismo político seguía siendo esencialmente sindicalista. Por lo tanto, el sufragio universal, que en Inglaterra tendía a incrementar la unidad nacional, tenía a veces el efecto opuesto en el continente. Allí, antes que en Inglaterra, se aplicaban las dudas de Pitt y Peel, Tocqueville y Macaulay, acerca de que el gobierno popular involucrara un peligro para el sistema económico.

En términos económicos, los métodos de la protección social de Inglaterra y del continente condujeron a resultados casi idénticos. Lograron lo que buscaban: la destrucción del mercado del factor de producción conocido como fuerza de trabajo. Tal mercado podría servir a su propósito sólo si los salarios bajaran al igual que los precios. En términos humanos, tal postulado implicaba para el trabajador la inestabilidad extrema de los ingresos, la ausencia total de normas profesionales, una disposición abyecta a ser empujado y pisoteado indiscriminadamente, una dependencia completa de los caprichos del mercado. Mises sostuvo correctamente que si los trabajadores "no actuaban como sindicalistas, sino que reducían sus demandas y cambiaban su ubicación y su ocupación de acuerdo con los requerimientos del mercado de mano de obra, podrían encontrar trabajo eventualmente". Esto resume la posición existente bajo un sistema basado en el postulado del carácter de mercancía del trabajo. La mercancía no puede decidir dónde se ofrecerá en venta, para qué propósito, a qué precio podrá cambiar de manos, y en qué forma deberá consumirse o destruirse. "No se le ha ocurrido a nadie", escribió este liberal consistente, "que la falta de salarios sería un término más apropiado que el de la falta de empleo, porque lo que le falta a la persona desempleada no es trabajo sino la remuneración del trabajo." Mises estaba en lo justo, aunque no debiera reclamar la originalidad; 150 años atrás, el obispo Whately había dicho: "Cuando un hombre implora por trabajo, no pide trabajo sino salario". Sin embargo, es cierto que en términos técnicos "el desempleo se debe en los países capitalistas al hecho de que las políticas gubernamentales y sindicales tratan por igual de mantener un nivel de salarios que no está en armonía con la productividad de la mano de obra existente". ¿Pues cómo podría haber desempleo, preguntaba Mises, si no es por el hecho de que los trabajadores "no están dispuestos a trabajar por los salarios que podrían obtener en el mercado de mano de obra por el trabajo particular que pueden y desean realizar"? Esto pone en claro lo que significa realmente la demanda de movilidad de la mano de obra y flexibilidad de los salarios por parte de los empleadores: precisamen-

te lo que describimos antes como un mercado en el que el trabajo humano es una mercancía.

El objetivo natural de toda la protección social era la destrucción de tal institución y la imposibilidad de su existencia. En realidad, se permitió que el mercado de mano de obra conservara su función principal sólo a condición de que los salarios y las condiciones de trabajo, las normas y las regulaciones fuesen tales que salvaguardaran el carácter humano de la mercancía en cuestión: el trabajo. Cuando se arguye, como a veces se hace, que la legislación social, las leyes fabriles, el seguro de desempleo, y sobre todo los sindicatos, no han interferido con la movilidad de la mano de obra y la flexibilidad de los salarios, se implica que tales instituciones han fracasado por completo en su propósito, que era exactamente el de interferir con las leyes de la oferta y la demanda respecto del trabajo humano, sacándolo de la órbita del mercado.

XV. EL MERCADO Y LA NATURALEZA

LO QUE LLAMAMOS TIERRA ES un elemento de naturaleza inextricablemente ligado a las instituciones humanas. Su aislamiento, para formar un mercado con ella, fue tal vez la más fantástica de todas las hazañas de nuestros ancestros.

Tradicionalmente, la tierra y la mano de obra no están separadas; el trabajo forma parte de la vida, la tierra sigue siendo parte de la naturaleza, la vida y la naturaleza forman un todo articulado. La tierra se liga así a las organizaciones del parentesco, la vecindad, el oficio y el credo; con la tribu y el templo, la aldea, el gremio y la iglesia. Por otra parte, un gran mercado es un arreglo de la vida económica que incluye a los mercados de los factores de producción. Dado que estos factores son indistinguibles de los elementos de las instituciones humanas, el hombre y la naturaleza, puede apreciarse sin dificultad que la economía de mercado involucra a una sociedad cuyas instituciones están subordinadas a los requerimientos del mecanismo de mercado.

La proposición es tan utópica respecto de la tierra como lo es respecto de la mano de obra. La función económica es sólo una de muchas funciones vitales de la tierra. Invierte de estabilidad a la vida del hombre; es el sitio de su habitación; es una condición de su seguridad física; es el paisaje y son las estaciones. Bien podríamos imaginar al hombre naciendo sin manos ni pies, como viviendo sin tierra. Y sin embargo, la separación de la tierra y el hombre, y la organización de la sociedad en forma tal que se satisficieran los requerimientos de un mercado inmobiliario, formaba parte vital del concepto utópico de una economía de mercado.

De nuevo, es en el campo de la colonización moderna que se manifiesta la verdadera importancia de tal aventura. A menudo es irrelevante que el colonizador necesite la tierra como un sitio a causa de la riqueza sepultada en ella, o sólo desee obligar a los nativos a producir un excedente de alimentos y materias primas; tampoco hace gran diferencia el hecho de que el nativo trabaje bajo la supervisión directa del colonizador o sólo bajo alguna forma de compulsión indirecta, ya que en todo caso deberá destruirse primero el sistema social y cultural de la vida nativa.

Hay una analogía estrecha entre la situación colonial actual y la de Euro-

pa occidental hace un siglo o dos. Pero es posible que la movilización de la tierra, que en regiones exóticas podría comprimirse en pocos años o decenios, haya requerido en Europa occidental de muchos siglos.

El desafío provino del surgimiento de ciertas formas del capitalismo distintas de las puramente comerciales. Empezando en Inglaterra con los Tudor, había un capitalismo agrícola con su necesidad de un tratamiento individualizado de la tierra, incluyendo las conversiones y los cercamientos. Había el capitalismo industrial que —en Francia al igual que en Inglaterra— era primordialmente rural y necesitaba sitios para sus instalaciones y para el asentamiento de los trabajadores, desde el inicio del siglo XVIII. Más poderoso que todo lo demás, aunque afectaba más al uso de la tierra que a su propiedad, era el surgimiento de las ciudades industriales con su necesidad de abastos prácticamente ilimitados de alimentos y materias primas en el siglo XIX.

Superficialmente, había escasa similitud en las respuestas a estos desafíos, pero eran etapas en la subordinación de la superficie del planeta a las necesidades de una sociedad industrial. La primera etapa era la comercialización del suelo, movilizándolo la recaudación feudal de la tierra. La segunda era la elevación de la producción de alimentos y materias primas orgánicas para que sirvieran a las necesidades de una población industrial rápidamente creciente a escala nacional. La tercera era la extensión de tal sistema de producción excedente a los territorios extranjeros y coloniales. Con este último paso, la tierra y sus productos encajaban finalmente en el esquema de un mercado mundial autorregulado.

La comercialización del suelo era sólo otro nombre para la liquidación del feudalismo, iniciada en los centros urbanos occidentales, al igual que en Inglaterra, en el siglo XIV y concluida unos 500 años más tarde en el curso de las revoluciones europeas, cuando se abolieron los vestigios del aldeanismo. La separación del hombre y el suelo significaba la disolución del organismo económico en sus elementos, de modo que cada elemento pudiera encajar en la parte del sistema donde fuese más útil. El nuevo sistema se estableció primero al lado del antiguo, el que trataba de asimilar y absorber, controlando el suelo que todavía se encontraba atado por lazos precapitalistas. Se abolió el secuestro feudal de la tierra. "Se buscaba la eliminación de todas las reclamaciones de las organizaciones de vecindad o parentesco, especialmente las de los aristócratas y las de la Iglesia, reclamaciones que ex-ceptuaban a la tierra del comercio o la hipoteca."¹ Algo de esto se logró

¹ Brinkmann, C., "Das soziale System des Kapitalismus", en *Grundriss der Sozialökonomik*, 1924.

mediante la fuerza y la violencia individuales, algo mediante la revolución desde arriba o desde abajo, algo mediante la guerra y la conquista, algo mediante la acción legislativa, algo mediante la presión administrativa, algo mediante la acción a pequeña escala de personas privadas durante largos periodos de tiempo. El hecho de que la dislocación sanara rápidamente o provocara una herida abierta en el organismo social dependía primordialmente de las medidas tomadas para regular el proceso. Los propios gobiernos introdujeron poderosos factores de cambio y ajuste. La secularización de las tierras de la Iglesia, por ejemplo, fue uno de los fundamentos del Estado moderno hasta la época del *Risorgimento* italiano, e incidentalmente uno de los conductos principales para la transferencia ordenada de la tierra hacia las manos de individuos privados.

Los pasos más grandes fueron dados por la Revolución francesa y las reformas benthamistas de los decenios de 1830 y 1840. "Existe la condición más favorable para la prosperidad de la agricultura", escribió Bentham, "cuando no hay heredades, ni dotaciones inalienables, ni tierras comunales, ni derecho de redención, ni diezmos..." Tal libertad para manejar la propiedad, y en particular la propiedad de la tierra, formaba parte esencial de la concepción benthamiana de la libertad individual. La extensión de esta libertad en una forma u otra era el objetivo y el efecto de una legislación como la de las Actas de prescripciones, el Acta de herencia, el Acta de multas y recuperaciones, el Acta de la propiedad real, el Acta general de cercamientos de 1801 y sus sucesoras,² así como las Actas de inquilinato desde 1841 hasta 1926. En Francia y gran parte del continente, el Código napoleónico instituyó las formas de propiedad de la clase media, haciendo de la tierra un bien comerciable y de la hipoteca un contrato civil privado.

El segundo paso, que se traslapaba con el primero, fue la subordinación de la tierra a las necesidades de una población urbana en rápida expansión. Aunque el suelo no puede moverse físicamente, su producto sí se puede movilizar de ese modo, si lo permiten los medios de transporte y la ley. "Así pues, la movilidad de los bienes compensa en alguna medida la ausencia de una movilidad interregional de los factores; o bien (lo que es realmente la misma cosa) el comercio mitiga las desventajas de la inadecuada distribución geográfica de las instalaciones productivas."³ Tal noción era enteramente extraña para la perspectiva tradicional. "Ni entre los antiguos, ni a principios de la Edad Media —esto debe afirmarse enfáticamente— se com-

² Dicey, A. V., *op. cit.*, p. 226.

³ Ohlin, B., *Interregional and International Trade*, 1935, p. 24.

praban y vendían regularmente los bienes de la vida diaria."⁴ Se suponía que los excedentes de granos proveyeran a la vecindad, en particular al pueblo local; hasta el siglo xv, los mercados de granos tenían una organización estrictamente local. Pero el crecimiento de las ciudades indujo a los terratenientes a producir primordialmente para la venta al mercado y —en Inglaterra— el crecimiento de las metrópolis obligaba a las autoridades a aflojar las restricciones impuestas al comercio de granos y permitía que este comercio se volviera regional, aunque nunca nacional.

Eventualmente, la aglomeración de la población en las ciudades industriales de la segunda mitad del siglo xviii cambió la situación por completo, primero a escala nacional y luego a escala mundial.

La realización de este cambio era el verdadero significado del libre comercio. La movilización del producto de la tierra se extendió desde el campo vecino hasta las regiones tropicales y subtropicales: se aplicó al planeta la división industrial-agrícola del trabajo. En consecuencia, gentes de zonas distantes se vieron atraídas al vórtice del cambio cuyos orígenes no entendían, mientras que las naciones europeas se hacían dependientes, para sus actividades diarias, de una integración todavía no asegurada de la vida de la humanidad. Con el libre comercio surgieron los azares nuevos y tremendos de la interdependencia planetaria.

El alcance de la defensa social contra la dislocación total era tan grande como el frente de ataque. Aunque el derecho común y la legislación en ocasiones aceleraban el cambio, también lo frenaban a veces. Pero el derecho común y la ley estatutaria no actuaban necesariamente en la misma dirección en todo momento dado.

En el advenimiento del mercado de mano de obra, el derecho común desempeñó principalmente un papel positivo: la teoría del trabajo como mercancía fue enunciada en primer término, de manera enfática, por los abogados antes que por los economistas. También en lo referente a las asociaciones de trabajadores y el derecho de la conspiración, el derecho común favorecía a un mercado de mano de obra libre, aunque esto significaba la restricción de la libertad de asociación de los trabajadores organizados.

Pero en lo referente a la tierra, el derecho común cambió su papel de promotor a opositor del cambio. Durante los siglos xvi y xvii, el derecho común

⁴ Bücher, K., *Entstehung der Volkswirtschaft*, 1904. Véase también Penrose, E. F., *Population Theories and Their Application*, 1934, quien cita a Longfield, 1834, como quien mencionara por primera vez la idea de que los movimientos de las mercancías podrían considerarse como sustitutos de los movimientos de los factores de la producción.

insistía a menudo en el derecho del propietario a mejorar su tierra provechosamente, aunque esto involucrara graves dislocaciones en las habitaciones y el empleo. En el continente, este proceso de movilización involucraba, como sabemos, la recepción del derecho romano, mientras que en Inglaterra se mantenía el derecho común y lograba salvar la brecha existente entre los restringidos derechos de propiedad medievales y la propiedad individual moderna sin sacrificar el principio del derecho generado por los jueces, vital para la libertad constitucional. Desde el siglo XVIII, por otra parte, el derecho común de la tierra actuaba como un conservador del pasado frente a la legislación modernizante. Pero eventualmente ganaron los benthamistas, y la libertad de contratación se extendió a la tierra entre 1830 y 1860. Esta tendencia poderosa se revirtió sólo en el decenio de 1870, cuando la legislación alteró su curso radicalmente. Se había iniciado el periodo "colectivista".

La inercia del derecho común se agudizó deliberadamente por obra de estatutos expresamente promulgados para proteger las habitaciones y ocupaciones de las clases rurales contra los efectos de la libertad de contratación. Se emprendió un esfuerzo comprensivo para asegurar cierto grado de salud y salubridad en la vivienda de los pobres, proveyéndolos de asignaciones, dándoles una oportunidad para escapar de los tugurios y de respirar el aire fresco de la naturaleza, el "parque de los caballeros". Los miserables inquilinos irlandeses y los habitantes de los tugurios londinenses se vieron rescatados de las garras de las leyes del mercado por actos legislativos destinados a proteger sus habitaciones contra ese destructor inexorable: el mejoramiento. En el continente, eran principalmente la ley estatutaria y la acción administrativa las que salvaban al inquilino, al campesino, al jornalero agrícola, de los efectos más violentos de la urbanización. Los conservadores prusianos tales como Rodbertus, cuyo socialismo *junker* influyó en Marx, eran hermanos de sangre de los demócratas tories de Inglaterra.

Poco tiempo después surgía el problema de la protección en lo referente a las poblaciones agrícolas de países y continentes enteros. Si no se frena al libre comercio internacional, éste eliminará inevitablemente organismos compactos de productores agrícolas cada vez más grandes.⁵ Este proceso de destrucción inevitable se agravaba en gran medida por la discontinuidad inherente del desarrollo de medios de transporte modernos, cuya extensión a nuevas regiones del planeta resulta demasiado cara, a menos que pueda aspirarse a un premio elevado. Cuando fructificaron las grandes inversiones

⁵ Borkenau, F., *The Totalitarian Enemy*, 1939, capítulo "Towards Collectivism".

involucradas en la construcción de barcos y ferrocarriles, se abrieron continentes enteros y una avalancha de granos cayó sobre la desdichada Europa. Esto contrariaba el pronóstico clásico. Ricardo había expresado como un axioma que la tierra más fértil es la primera en ser colonizada. Esto fue ridiculizado de manera espectacular cuando los ferrocarriles encontraron tierras más fértiles en las antípodas. Afrontando la destrucción total de su sociedad rural, Europa central se vio obligada a proteger a sus campesinos mediante la introducción de leyes de granos.

Pero si los estados organizados de Europa pudieron protegerse contra la estela del libre comercio internacional, los pueblos coloniales políticamente desorganizados no pudieron hacerlo. La revuelta contra el imperialismo fue principalmente un esfuerzo de pueblos exóticos por alcanzar la posición política necesaria para protegerse de las dislocaciones sociales provocadas por las políticas comerciales europeas. La protección que el hombre blanco podía procurarse fácilmente, a través de la posición soberana de sus comunidades, estaba fuera del alcance del hombre de color mientras careciera de un gobierno político.

Las clases mercantiles patrocinaron la demanda de movilización de la tierra. Cobden sorprendió a los terratenientes de Inglaterra con su descubrimiento de que la agricultura era "negocio" y que quienes quebraran deberían abandonar la actividad. Las clases trabajadoras se manifestaron a favor del libre comercio en cuanto se hizo evidente que abarataba los alimentos. Los sindicatos se convirtieron en los bastiones del antiagrarismo, y el socialismo revolucionario calificó a los campesinos del mundo como una masa indiscriminada de reaccionarios. La división internacional del trabajo era indudablemente un credo progresista; y sus oponentes se reclutaban a menudo entre aquellos cuyo juicio estaba viciado por los intereses creados o por la falta de inteligencia natural. Las pocas mentes independientes y desinteresadas que descubrieron las falacias del libre comercio irrestricto eran demasiado escasas para causar alguna impresión.

Pero sus consecuencias no eran menos reales por el hecho de que no se reconocieran conscientemente. En efecto, la gran influencia de los intereses terratenientes en Europa occidental, y la sobrevivencia de las formas de vida feudales en Europa central y oriental durante el siglo XIX, se explican fácilmente por la vital función protectora de estas fuerzas en el retardamiento de la movilización de la tierra. A menudo se planteaba este interrogante: ¿qué permitía que la aristocracia feudal del continente mantuviera su control en el estado de clase media, una vez que había perdido las funciones

militares, judiciales y administrativas a las que debía su ascenso? La teoría de las "sobrevivencias" se aducía a veces como una explicación según la cual las instituciones o los rasgos sin función podrían continuar existiendo en virtud de la inercia. Pero sería preferible afirmar que ninguna institución sobrevive jamás a su función: cuando parece hacerlo, ello ocurre porque sirve a alguna otra función, u otras funciones, *que no incluyen necesariamente a la original*. Por ejemplo, el feudalismo y el conservadurismo terrateniente conservaron su vigor mientras sirvieron a un propósito que resultó ser el de la restricción de los desastrosos efectos de la movilización de la tierra. Para este momento, los partidarios del libre comercio habían olvidado que la tierra formaba parte del territorio del país, y que el carácter territorial de la soberanía no era sólo un resultado de asociaciones sentimentales, sino de hechos masivos, incluidos los económicos.

En contraste con los pueblos nómadas, el cultivador realiza mejoramientos *fijos en un lugar particular*. Sin tales mejoramientos, la vida humana debe seguir siendo elemental, y poco alejada de la de los animales. ¡Y cuán grande ha sido el papel de estas construcciones en la historia humana! Y son ellas, las tierras desmontadas y cultivadas, las casas y los otros edificios, los medios de comunicación, la variada planta necesaria para la producción, incluida la industria y la minería, todas las mejoras permanentes e inamovibles que atan a la comunidad humana a la localidad donde se encuentra. Tales mejoras no pueden improvisarse sino que deben construirse gradualmente por generaciones de paciente esfuerzo, y la comunidad no puede sacrificarlas y empezar de nuevo en otra parte. Así se explica el carácter *territorial* de la soberanía que impregna nuestras concepciones políticas.⁶

Durante un siglo se ridiculizaron estas verdades obvias.

El argumento económico podría expandirse fácilmente para incluir las condiciones de la seguridad y la tranquilidad adheridas a la integridad del suelo y sus recursos, tales como el vigor y el dinamismo de la población, la abundancia de los abastos alimenticios, la cantidad y el carácter de los materiales de defensa, incluso el clima del país que podría padecer por la deforestación, las erosiones y las polvaredas, todo lo cual depende en última instancia del factor tierra, pero nada de lo cual responde al mecanismo de la oferta y la demanda del mercado. Dado un sistema enteramente dependiente de las funciones del mercado para la salvaguardia de sus necesidades existenciales, la confianza se depositará naturalmente en las fuerzas de fuera del

⁶ Hawtrey, R. G., *The Economic Problem*, 1933.

mercado que son capaces de asegurar los intereses comunes puestos en peligro por ese sistema. Tal concepción está de acuerdo con nuestra apreciación de las verdaderas fuentes de la influencia clasista: en lugar de tratar de explicar los desarrollos contrarios a la tendencia general de la época por la influencia (inexplicada) de las clases reaccionarias, preferimos explicar la influencia de tales clases por el hecho de que, así sea incidentalmente, representan desarrollos sólo en apariencia contrarios al interés general de la comunidad. El hecho de que sus propios intereses sean a menudo bien servidos por tal política ofrece sólo otra ilustración de la verdad de que las clases se las arreglan para beneficiarse desproporcionadamente de los servicios que pueden prestar a la comunidad.

Speenhamland constituyó un ejemplo de esta situación. El terrateniente que gobernaba la aldea encontró un procedimiento para frenar el alza de los salarios rurales y la amenazante dislocación de la estructura tradicional de la vida aldeana. A largo plazo, el método escogido no podría dejar de tener los resultados más nocivos. Pero los terratenientes no habrían sido capaces de mantener sus prácticas si al hacerlo así no hubiesen ayudado al país en conjunto a echar las bases de la Revolución industrial.

De nuevo, el proteccionismo agrario era una necesidad en el continente europeo. Pero las fuerzas intelectuales más activas de la época estaban ocupadas en una aventura que desplazaba el ángulo de su visión para ocultarles la verdadera significación del problema agrario. Bajo tales circunstancias, un grupo que pudiera representar los intereses rurales amenazados podría ganar una influencia desproporcionada a su número. La contracorriente proteccionista logró estabilizar efectivamente al campo europeo y debilitar el éxodo hacia las ciudades, que era el azote de la época. La reacción se benefició con la función socialmente útil que realizaba. La función idéntica que permitió a las clases reaccionarias de Europa jugar con los sentimientos tradicionales en su lucha por los aranceles agrícolas fue responsable en los Estados Unidos, cerca de medio siglo después, del éxito de la TVA y otras técnicas sociales progresistas. Las mismas necesidades de la sociedad que beneficiaron a la democracia en el Nuevo mundo fortalecieron la influencia de la aristocracia en el Viejo mundo.

La oposición a la movilización de la tierra fue el trasfondo sociológico de la lucha entablada entre el liberalismo y la reacción que forjó la historia política de Europa continental en el siglo XIX. En esta lucha, los militares y el alto clero eran aliados de las clases terratenientes, las que habían perdido casi por completo sus funciones más inmediatas en la sociedad. Estas clases

estaban ahora disponibles para cualquier solución reaccionaria al *impasse* al que amenazaban conducir la economía de mercado y su corolario, el gobierno constitucional, ya que no estaban limitadas por la tradición y la ideología a las libertades públicas y el gobierno parlamentario.

En resumen, el liberalismo económico estaba ligado al estado liberal, mientras que los intereses terratenientes no lo estaban: ésta fue la fuente de su significación política permanente en el continente, la que produjo las contracorrientes de la política prusiana bajo Bismarck, alimentó la *revanche* clerical y militarista en Francia, aseguró una influencia en la corte para la aristocracia feudal en el Imperio Habsburgo, hizo de la Iglesia y el ejército los guardianes de tronos vacilantes. Puesto que la conexión superó a las dos generaciones críticas establecidas alguna vez por John Maynard Keynes como la alternativa práctica para la eternidad, ahora se acreditaba a la tierra y la propiedad terrateniente una inclinación congénita hacia la reacción. Inglaterra del siglo XVIII, con sus partidarios del libre comercio y sus pioneros agrarios toris, estaba tan olvidada como los cercadores Tudor y sus métodos revolucionarios para ganar dinero con la tierra; los terratenientes fisiócratas de Francia y Alemania, con su entusiasmo por el libre comercio, habían sido borrados de la mente pública por el prejuicio moderno del atraso eterno del campo. Herbert Spencer, para quien una sola generación era una muestra bastante de la eternidad, simplemente identificaba al militarismo con la reacción. La adaptabilidad social y tecnológica exhibida recientemente por los japoneses, los rusos o el ejército nazi, habría sido inconcebible para él.

Tales ideas estaban estrechamente conectadas al tiempo. Los estupendos logros industriales de la economía de mercado se habían obtenido al precio de grandes daños para la sustancia de la sociedad. Las clases feudales encontraron allí una ocasión para recuperar algo de su prestigio perdido convirtiéndose en defensores de las virtudes de la tierra y sus cultivadores. En el romanticismo literario, la naturaleza había hecho su alianza con el pasado; en el movimiento agrario del siglo XIX, el feudalismo estaba tratando con éxito de recuperar su pasado presentándose como el guardián del hábitat natural del hombre: el suelo. Si el peligro no hubiese sido genuino, la estrategia no podría haber funcionado.

Pero el ejército y la Iglesia ganaron prestigio también al estar disponibles para la "defensa de la ley y el orden", que ahora se volvían muy vulnerables, mientras que la clase media gobernante no estaba capacitada para satisfacer este requerimiento de la nueva economía. El sistema de mercado era

más alérgico a los tumultos que cualquier otro de los sistemas económicos que conocemos. Los gobiernos tudor recurrieron a los tumultos para llamar la atención sobre quejas locales; unos cuantos líderes de los disturbios podrían ser colgados, pero fuera de eso no había daño. El ascenso del mercado financiero significaba un rompimiento completo con tal actitud; después de 1797, el tumulto cesa de ser un aspecto popular de la vida londinense, mientras que su lugar es tomado gradualmente por las reuniones en que, por lo menos en principio, se cuentan las manos que de otro modo estarían tirando golpes.⁷ El rey prusiano que proclamó que el mantenimiento de la paz era el más importante de los deberes de los súbditos, se hizo famoso por esta paradoja; pero muy pronto era ya un lugar común. En el siglo XIX, los rompimientos de la paz cometidos por multitudes armadas se consideraban como una rebelión incipiente y un peligro grave para el Estado; las bolsas de valores se derrumbaban y los precios se hundían sin límite. Un tiroteo en las calles de las metrópolis podría destruir una parte sustancial del capital nacional nominal. Sin embargo, las clases medias se oponían a la disciplina militar; la democracia popular se enorgullecía de haber hecho hablar a las masas; y la burguesía del continente se aferraba todavía a los recuerdos de su juventud revolucionaria cuando había afrontado a una aristocracia tiránica en las barricadas. Eventualmente se reconoció al campesinado, el estrato menos contaminado por el virus liberal, como el único que defendería físicamente "la ley y el orden". Se entendía que una de las funciones de la reacción era el mantenimiento de las clases trabajadoras en su lugar; de modo que los mercados no conocieran el pánico. Aunque este servicio se requería con muy escasa frecuencia, la disponibilidad del campesinado como defensor de los derechos de la propiedad era un activo para el campo agrario.

La historia del decenio de 1920 sería inexplicable de otro modo. Cuando se rompió la estructura social de Europa central, bajo la tensión de la guerra y la derrota, sólo la clase trabajadora estaba disponible para la tarea de mantener en marcha al sistema. En todas partes se entregó el poder a los sindicatos y los partidos socialdemócratas: Austria, Hungría, incluso Alemania, se declararon repúblicas a pesar de que jamás había existido en estos países un partido republicano activo. Pero apenas había pasado el peligro grave de disolución y los servicios de los sindicatos se habían vuelto super-

⁷ Trevelyan, G. M., *History of England*, 1926, p. 533. "Bajo Walpole, Inglaterra era todavía una aristocracia atemperada por los tumultos." La canción "de tesoro" de Hannah More, "The Riot", se escribió "en el 95, un año de escasez y alarma": era el año de Speenhamland. Véase *The Repository Tracts*, vol. I, Nueva York, 1835, y también *The Library*, 1940, cuarta serie, vol. XX, p. 295, sobre "Cheap Repository Tracts (1795-1798)".

fluos, cuando las clases medias estaban tratando de excluir a las clases trabajadoras de toda influencia sobre la vida pública. Esto se conoce como la fase contrarrevolucionaria de la posguerra. En realidad, no hubo jamás ningún peligro serio de un régimen comunista, ya que los trabajadores estaban organizados en partidos y sindicatos activamente hostiles a los comunistas. (En Hungría se impuso literalmente al país un episodio bolchevique cuando la defensa contra la invasión francesa no dejaba más alternativa a la nación.) El peligro no era el bolchevismo sino el abandono de las reglas de la economía de mercado por parte de los sindicatos y los partidos obreros, en una emergencia. Bajo una economía de mercado, las interrupciones del orden público y los hábitos de comercio que de otro modo serían inocuos podrían constituir una amenaza letal,⁸ ya que podrían causar el derrumbe del régimen del que dependía la sociedad para su subsistencia diaria. Esto explicaba el notable cambio ocurrido en algunos países, de una dictadura de los trabajadores industriales, supuestamente inminente, a la dictadura efectiva del campesinado. A lo largo de los años veinte, el campesinado determinó la política económica en varios estados en los que normalmente desempeñaba un papel apenas modesto. Ahora resultaba ser la única clase disponible para el mantenimiento de la ley y el orden en el elevado sentido moderno de este término.

El feroz agrarismo de Europa de la posguerra iluminaba oblicuamente el tratamiento preferente acordado a la clase campesina por razones políticas. Desde el movimiento Lappo en Finlandia hasta el *Heimwehr* austriaco, los campesinos se convirtieron en los campeones de la economía de mercado; esto los hacía políticamente indispensables. La escasez de alimentos en los primeros años de la posguerra, a la que se acreditaba a veces su ascenso, tenía poco que ver con esto. Austria, por ejemplo, a fin de beneficiar financieramente a los campesinos, debió rebajar sus normas alimenticias manteniendo aranceles para los granos, a pesar de que dependía en gran medida de las importaciones para satisfacer sus requerimientos de alimentos. Pero el interés campesino debía ser salvaguardado a toda costa, aunque el proteccionismo agrario podría significar la miseria para los habitantes urbanos y un costo de producción demasiado elevado para las industrias exportadoras. En esta forma, la clase campesina, que antes no ejercía ninguna influencia, ganó un ascendiente enteramente desproporcionado a su importancia

⁸ Hayes, C., *A Generation of Materialism, 1870-1890*, observa que "la mayoría de los estados individuales, por lo menos en Europa occidental y central, poseía ahora una estabilidad interna aparentemente superlativa".

económica. El temor al bolchevismo era la fuerza que volvía inexpugnable su posición política. Pero ese temor, como hemos visto, no era el temor de una dictadura de la clase trabajadora —nada lejanamente similar estaba en el horizonte— sino el de una parálisis de la economía de mercado, a menos que se eliminaran del escenario político todas las fuerzas que, bajo presión, pudieran dejar de lado las reglas del juego de mercado. Mientras que los campesinos fuesen la única clase capaz de eliminar estas fuerzas, su prestigio se mantenía elevado y ellos podían mantener como rehenes a la clase media urbana. En cuanto la consolidación del poder del Estado y —antes aún— la formación de la clase media baja urbana en tropas de asalto por parte de los fascistas, liberaron a la burguesía de su dependencia del campesinado, se derrumbó rápidamente el prestigio de este último. Una vez neutralizado o vencido el "enemigo interno" en la ciudad y en la fábrica, el campesinado quedó relegado a su modesta posición anterior en la sociedad industrial.

La influencia de los grandes terratenientes no compartió este eclipse. Un factor más constante operaba a su favor: la creciente importancia militar de la autosuficiencia agrícola. La Gran guerra había puesto los hechos estratégicos básicos a la vista del público, y la confianza ciega en el mercado mundial cedió su lugar a una acumulación de la capacidad de producción de alimentos que llegaba al pánico. La "reagrarización" de Europa central, iniciada por el temor a los bolcheviques, se completó con el signo de la autarquía. Además del argumento del "enemigo interno", había ahora el argumento del "enemigo externo". Como siempre, los economistas liberales vieron apenas una aberración romántica inducida por doctrinas económicas insensatas, cuando en realidad los eventos políticos trascendentes estaban alertando hasta las mentes más simples de la irrelevancia de las consideraciones económicas frente a la inminente disolución del sistema internacional. Ginebra continuó sus inútiles esfuerzos por convencer a la gente de que estaba atesorando contra peligros imaginarios, y que si todos actuaran al unísono podría restablecerse el libre comercio y beneficiarse todos. En la atmósfera curiosamente crédula de la época, muchos dieron por sentado que la solución del problema económico (cualquiera que fuese su significado) no sólo dispararía la amenaza de la guerra sino que en efecto la eliminaría para siempre. Una paz de 100 años había creado una barrera insuperable de ilusiones que ocultaba los hechos. Los escritores de ese periodo destacaron por su falta de realismo. El Estado nacional fue considerado como un prejuicio parroquial por A. J. Toynbee, la soberanía como una ilusión ridícula por

Ludwig von Mises, la guerra un cálculo comercial errado por Norman Angell. La conciencia de la naturaleza esencial de los problemas de la política bajó a un nivel sin precedente.

El libre comercio, que en 1846 había luchado y triunfado contra las Leyes de granos, luchó de nuevo 80 años más tarde y esta vez perdió sobre el mismo punto. El problema de la autarquía perseguía a la economía de mercado desde el principio. En consecuencia, los liberales económicos exorcizaron el espectro de la guerra e ingenuamente basaron su argumentación en el supuesto de una economía de mercado indestructible. No se advirtió que sus argumentos solamente demostraban cuán grande era el peligro para un pueblo que dependía para su seguridad de una institución tan frágil como el mercado autorregulado. El movimiento de autarquía de los años veinte era esencialmente profético: apuntaba a la necesidad de un ajuste ante el desvanecimiento de un orden. La Gran guerra había mostrado el peligro y los hombres habían actuado en consecuencia; pero dado que ahora actuaban 10 años después, la conexión existente entre la causa y el efecto se había descartado como poco razonable. "¿Para qué protegernos contra peligros pasados?" era el comentario de muchos contemporáneos. Esta lógica deficiente impedía no solamente un entendimiento de la autarquía, sino también, lo que era aún más importante, el del fascismo. En efecto, ambos fenómenos se explicaban por el hecho de que, una vez que la mente común ha recibido la impresión de un peligro, el temor permanece latente en su interior, mientras no se destruyan sus causas.

Nosotros sostenemos que las naciones de Europa no superaron jamás el choque de la experiencia de la guerra que inesperadamente les planteara los peligros de la interdependencia. En vano se reanudó el comercio, en vano mostraron innumerables conferencias internacionales los idilios de la paz, y docenas de gobiernos se declararon en favor del principio de la libertad de comercio: ningún pueblo podría olvidar que si no posee sus propias fuentes de alimentos y de materias primas o está seguro de llegar a ellas por medios militares, ni la moneda sana ni el crédito sólido lo rescatará de la indefensión. Nada podría ser más lógico que la consistencia con la que esta consideración fundamental forjó las políticas de las comunidades. No se había eliminado la fuente del peligro. ¿Por qué esperar entonces que se desvaneciera el temor?

Una falacia similar afectaba a los críticos del fascismo —que formaban la gran mayoría— que lo describían como un capricho privado de toda *ratio* política. Se decía que Mussolini pretendía haber alejado el bolchevismo de

Italia, mientras que las estadísticas probaban que la oleada de las huelgas se había desvanecido más de un año antes de la marcha a Roma. Se aceptaba que los trabajadores armados hubieran ocupado las fábricas en 1921. ¿Pero era esa una razón para desarmarlos en 1923, cuando hacía mucho tiempo que se habían bajado de los muros donde habían montado guardia? Hitler pretendía haber salvado a Alemania del bolchevismo. ¿Pero no se podía demostrar acaso que la oleada de desempleo que precedió a su ascenso al poder se había disipado para ese momento? La pretensión de que Hitler evitó lo que ya no existía a su llegada, como se sostenía, era contraria a la ley de causa y efecto, la que debe privar también en la política.

En realidad, en Alemania tanto como en Italia, la historia del inicio de la posguerra probaba que el bolchevismo no tenía la menor probabilidad de triunfar. Pero también probaba concluyentemente que, en una emergencia, la clase trabajadora, sus sindicatos y partidos, podrían pasar por alto las reglas del mercado que establecían la libertad de contratación y la santidad de la propiedad privada como absolutos: una posibilidad que debe tener los efectos más perniciosos sobre la sociedad, desalentando las inversiones, impidiendo la acumulación de capital, manteniendo los salarios a un nivel poco remunerativo, poniendo en peligro a la moneda, minando el crédito exterior, debilitando la confianza y paralizando el espíritu de empresa. No el peligro ilusorio de una revolución comunista, sino el hecho innegable de que las clases trabajadoras se encontraban en posibilidad de imponer intervenciones posiblemente ruinosas, era la fuente del temor latente que, en una coyuntura crucial, surgió en el pánico fascista.

Los peligros para el hombre y para la naturaleza no pueden separarse nítidamente. Las reacciones de la clase trabajadora y del campesinado ante la economía de mercado condujeron al proteccionismo, la primera principalmente bajo la forma de una legislación social y de leyes fabriles; la segunda en los aranceles agrarios y las leyes aplicables a la tierra. Pero había esta diferencia importante: en una emergencia, los agricultores y los campesinos de Europa defendían al sistema de mercado, al que ponían en peligro las políticas de la clase trabajadora. Mientras que la crisis del sistema inherentemente inestable se generaba por la acción de las dos alas del movimiento proteccionista, los estratos sociales conectados con la tierra se inclinaban a transar con el sistema de mercado, mientras que la amplia clase laboral no temía romper sus reglas y desafiarlo francamente.

XVI. EL MERCADO Y LA ORGANIZACIÓN PRODUCTIVA

LA PROPIA EMPRESA CAPITALISTA debía ser protegida contra la operación irrestricta del mecanismo del mercado. Esto debiera despejar la sospecha que los propios términos de "hombre" y "naturaleza" despiertan a veces en mentes refinadas, quienes tienden a denunciar toda mención de la protección de la mano de obra y de la tierra como el producto de ideas anticuadas, si no es que como un mero camuflaje de los intereses creados.

En realidad, en el caso de la empresa productiva como en el del hombre y la naturaleza, el peligro era real y objetivo. La necesidad de protección surgía de la forma en que estaba organizada la oferta de dinero en un sistema de mercado. La moderna banca central era en realidad esencialmente un instrumento desarrollado para ofrecer una protección sin la cual el mercado habría destruido a sus propios hijos, las empresas comerciales de todas clases. Eventualmente, sin embargo, fue esta forma de la protección lo que contribuyó de manera más inmediata a la caída del sistema internacional.

Mientras que son bastante obvios los peligros que acechan a la tierra y a los trabajadores como resultado del torbellino del mercado, no se aprecian tan fácilmente los peligros inherentes en el sistema monetario para las empresas. Pero si los beneficios dependen de los precios, los arreglos monetarios de los que dependen los precios deben ser vitales para el funcionamiento de todo sistema motivado por los beneficios. A largo plazo, los cambios ocurridos en los precios de venta no afectarán necesariamente a los beneficios, ya que los costos subirán y bajarán correspondientemente, pero esto no ocurre a corto plazo, ya que debe transcurrir cierto tiempo antes de que cambien los precios contractualmente fijados. Entre ellos se encuentra el precio de la mano de obra que, junto con muchos otros precios, estaría naturalmente fijado por contrato. Por lo tanto, si el nivel de los precios estuviera bajando por razones monetarias durante un periodo considerable, las empresas se verían en peligro de una liquidación acompañada de la disolución de la organización productiva y la destrucción masiva del capital. No son los precios bajos, sino los precios a la baja, el problema. Hume se convirtió en el fundador de la teoría cuantitativa del dinero con su descubrimiento

de que las empresas no se ven afectadas si la cantidad de dinero se reduce a la mitad, ya que los precios se ajustarán simplemente a la mitad de su nivel anterior. Se le olvidó que las empresas podrían ser destruidas en el proceso.

Ésta es la razón fácilmente entendible de que un sistema de dinero-mercancía, como el que tiende a producir el mecanismo del mercado sin interferencia externa, sea incompatible con la producción industrial. El dinero-mercancía es simplemente una mercancía que funciona como dinero, de modo que su cantidad no puede aumentarse en principio, excepto disminuyendo la cantidad de las mercancías que no funcionan como dinero. En la práctica, el dinero-mercancía es de ordinario el oro o la plata, cuya cantidad puede incrementarse, pero no mucho, en breve tiempo. Pero la expansión de la producción y el comercio que no va acompañada de un aumento de la cantidad de dinero debe provocar una baja en el nivel de los precios: precisamente el tipo de deflación ruinosa que tenemos en mente. La escasez de dinero era una queja grave y permanente entre las comunidades mercantiles del siglo XVII. El dinero simbólico se desarrolló en fecha temprana para proteger al comercio contra las deflaciones forzadas que acompañaban al uso de metales preciosos cuando aumentaba el volumen de los negocios. No era posible ninguna economía de mercado sin el medio de tal dinero artificial.

La verdadera dificultad surgió de la necesidad de divisas estables y la introducción consiguiente del patrón oro, por la época de las guerras napoleónicas. Las divisas estables se hicieron esenciales para la existencia misma de la economía inglesa; Londres se había convertido en el centro financiero de un creciente comercio mundial. Pero sólo el dinero-mercancía podía servir para este fin por la razón obvia de que el dinero simbólico, ya fuese bancario o personal, no podría circular en suelo extranjero. Fue por ello que el patrón oro —el nombre aceptado para un sistema de dinero-mercancía internacional— apareció en la escena.

Pero para los fines internos, como sabemos, los metales preciosos son inadecuados como dinero precisamente porque son una mercancía y su cantidad no puede incrementarse a voluntad. La cantidad de oro disponible podría incrementarse en unos cuantos puntos de porcentaje durante un año, pero no en muchas docenas en el curso de pocas semanas, como podría requerirse para afrontar una expansión repentina de las transacciones. En ausencia del dinero simbólico, los negocios tendrían que reducirse o realizarse a precios mucho más bajos, lo que induciría una depresión y crearía desempleo.

En su forma más simple, el problema era éste: el dinero-mercancía era

vital para la existencia del comercio exterior; el dinero simbólico, para la existencia del comercio interior. ¿Hasta dónde convenían entre sí?

Bajo las condiciones del siglo XIX, el comercio exterior y el patrón oro tenían una prioridad indisputada sobre las necesidades del comercio interior. El funcionamiento del patrón oro requería la reducción de los precios internos siempre que el intercambio se veía amenazado por la depreciación. Dado que la deflación ocurre mediante las restricciones crediticias, se sigue que la operación del dinero-mercancía interfería con la operación del sistema crediticio. Éste era un peligro permanente para las empresas. Pero no podía ni pensarse en descartar por completo el dinero simbólico y restringir el circulante al dinero-mercancía, ya que tal remedio habría sido peor que la enfermedad.

La banca central mitigaba este defecto del dinero crediticio en gran medida. Centralizando la oferta de crédito en un país, podía evitarse la dislocación total de la actividad económica y del empleo involucrada en la deflación, y organizarse la deflación de tal manera que se absorbiera el choque y se repartiera su carga por todo el país. En su funcionamiento normal, el banco estaba amortiguando los efectos inmediatos de las salidas de oro sobre la circulación de billetes, y de la disminución de la circulación de billetes sobre la actividad económica.

El banco podría usar varios métodos. Los préstamos a corto plazo podrían salvar la brecha causada por las pérdidas de oro a corto plazo, y evitar por completo la necesidad de las restricciones crediticias. Pero aunque las restricciones del crédito fuesen inevitables, como ocurría a menudo, la acción del banco tenía un efecto amortiguador: la elevación de la tasa bancaria, al igual que las operaciones de mercado abierto, difundían los efectos de las restricciones por toda la comunidad, mientras desplazaban la carga de las restricciones a los hombros más fuertes.

Examinemos el caso crucial de la transferencia de pagos unilaterales de un país a otro, como la que podría causar un cambio de la demanda, de los tipos de alimentos nacionales a los extranjeros. El oro que ahora debe enviarse al exterior en pago de los alimentos importados se usaría de otro modo para hacer pagos dentro del país, y su ausencia debe provocar una reducción de las ventas internas y una baja consiguiente de los precios. Diremos que este tipo de deflación es "transaccional", ya que se difunde de una empresa individual a otra de acuerdo con sus fortuitas relaciones comerciales. Eventualmente, la difusión de la deflación alcanzará a las empresas exportadoras y así logrará el excedente de exportación que representa la transferencia

"real". Pero el daño causado a la comunidad en general será mucho mayor que el estrictamente necesario para alcanzar tal excedente de exportación. Porque siempre habrá empresas que estén a punto de exportar, las que sólo necesitan el estímulo de una reducción ligera de los costos para "brincar la barrera", y tal reducción puede lograrse a muy bajo costo repartiendo parejamente la deflación entre toda la comunidad empresarial.

Ésta era precisamente una de las funciones del banco central. La presión general de su política de descuento y de mercado abierto hacía bajar los precios internos aproximadamente en la misma proporción, y permitía que las empresas "cercanas a la exportación" reanudaran o incrementaran sus exportaciones, mientras que sólo las empresas menos eficientes tendrían que ser liquidadas. La transferencia "real" se habría logrado así a costa de una dislocación mucho menor que la que se habría necesitado para lograr el mismo excedente de exportación por el método irracional de los choques aleatorios y a menudo catastróficos transmitidos por los canales estrechos de la "deflación transaccional".

El hecho de que, a pesar de estos instrumentos para la mitigación de los efectos de la deflación, el resultado fuese una y otra vez una desorganización completa de los negocios y en consecuencia un desempleo masivo, es la más poderosa de todas las críticas contra el patrón oro.

El caso del dinero exhibía una analogía muy real con el de la mano de obra y la tierra. La aplicación de la ficción de las mercancías a cada uno de estos elementos condujo a su inclusión efectiva en el sistema de mercado, al mismo tiempo que se fraguaban graves daños para la sociedad. Con el dinero, la amenaza era para la empresa productiva, cuya existencia se veía en peligro por cualquier baja del nivel de precios causada por el uso del dinero-mercancía. Aquí también debían tomarse medidas protectoras, de modo que el mecanismo autorregulado del mercado quedó fuera de acción.

La banca central redujo el automatismo del patrón oro a una mera pretensión. Ello significaba un circulante centralmente administrado; la manipulación sustituía al mecanismo autorregulado de provisión de crédito, aunque el dispositivo no era siempre deliberado y consciente. Cada día se reconocía más que el patrón oro internacional podría ser autorregulado sólo si los países singulares renunciaban a la banca central. El único defensor consistente del patrón oro puro que en efecto aconsejó este paso desesperado fue Ludwig von Mises; si se hubiese seguido su consejo, las economías nacionales se habrían convertido en un montón de ruinas.

La mayor parte de la confusión existente sobre la teoría monetaria se

debía a la separación de la política y la economía, esta característica destacada de la sociedad de mercado. Durante más de un siglo se consideró al dinero como una categoría puramente económica, una mercancía usada para el intercambio indirecto. Si el oro era la mercancía así preferida, se habría implantado un patrón oro. (El atributo de "internacional" en conexión con ese patrón carecía de sentido, ya que para el economista no existían las naciones; las transacciones no se realizaban entre naciones sino entre individuos cuya lealtad política era tan irrelevante como el color de su cabello.) Ricardo adoctrino a la Inglaterra del siglo XIX con la convicción de que el término "dinero" significaba un medio de cambio, que los billetes bancarios eran una mera cuestión de conveniencia, consistiendo su utilidad en el hecho de que resultaba más fácil manejar tales billetes que el oro, pero que su valor derivaba de la certeza de que su posesión nos provee de los medios de posesión, en cualquier momento, de la mercancía misma: el oro. Se seguía de aquí que el carácter nacional de las monedas carecía de importancia, ya que sólo eran símbolos diferentes, representativos de la misma mercancía. Y si era poco juicioso que un gobierno hiciera algún esfuerzo para poseer oro (ya que la distribución de esa mercancía se regulaba por sí sola en el mercado mundial como cualquier otra), resultaba menos juicioso aún imaginar que la nacionalidad diferente de los símbolos tenía alguna relevancia para el bienestar y la prosperidad de los países involucrados.

La separación institucional de la esfera política y la esfera económica no había sido completa jamás, y era precisamente en la cuestión del circulante que resultaba necesariamente incompleta; el Estado, cuya casa de moneda parecía certificar simplemente el peso de las monedas, era en efecto el garante del valor del dinero simbólico, que aceptaba como pago de los impuestos y en otras formas. Este dinero *no* era un medio de cambio, sino un medio de pago; no era una mercancía, sino un poder de compra; lejos de tener utilidad en sí mismo, era sólo un objeto que incorporaba un derecho cuantificado a las cosas que podría comprar. Desde luego, una sociedad donde la distribución dependía de la posesión de tales símbolos del poder de compra era una construcción enteramente diferente de la economía de mercado.

Por supuesto, no estamos tratando aquí con imágenes de la realidad sino con patrones conceptuales usados para fines de la aclaración. No es posible ninguna economía de mercado separada de la esfera política; sin embargo, era ésa la construcción que se encontraba detrás de la economía clásica de David Ricardo, aparte de la cual resultaban incomprensibles sus concep-

tos y supuestos. De acuerdo con esta construcción, la sociedad estaba integrada por individuos practicantes del trueque y poseedores de un conjunto de mercancías: bienes, tierra, mano de obra y sus combinaciones. El dinero era simplemente una de las mercancías que se daban en trueque con mayor frecuencia que otras, de modo que adquiríase para usarla en el intercambio. Tal "sociedad" podría ser irreal, pero contiene lo esencial de la construcción de la que partieron los economistas clásicos.

Una economía del poder de compra es una representación de la realidad menos completa aún.¹ Sin embargo, algunas de sus características se asemejan a nuestra sociedad real en medida mucho mayor que el paradigma de la economía de mercado. Tratemos de imaginar una "sociedad" en la que cada individuo está dotado de una cantidad definida de poder de compra, lo que le permite reclamar bienes que tienen cada uno un precio. En tal economía, el dinero no es una mercancía; no tiene ninguna utilidad en sí mismo; su único uso es la compra de bienes que tienen un precio, como ocurre ahora en nuestras tiendas.

Mientras que el teorema del dinero-mercancía era muy superior a su rival en el siglo XIX, cuando las instituciones se conformaban en muchos puntos esenciales al patrón de mercado, desde principios del siglo XX ganó terreno de continuo la concepción del poder de compra. Con la desintegración del patrón oro, prácticamente dejó de existir el dinero-mercancía, y era natural que lo sustituyera el concepto del dinero como poder de compra.

A fin de pasar de los mecanismos y los conceptos a las fuerzas sociales en juego, es importante advertir que las propias clases gobernantes prestaron su apoyo a la administración del circulante a través del banco central. Por supuesto, tal administración no se consideraba como una interferencia con la institución del patrón oro; por el contrario, formaba parte de las reglas del juego bajo el que se suponía que operaba el patrón oro. Dado que el mantenimiento del patrón oro era axiomático y jamás se permitía que el mecanismo de la banca central actuara en forma tal que llevara a un país a abandonar el oro, sino que por el contrario la instrucción suprema para el banco era la de permanecer con el oro siempre y bajo todas las condiciones, no parecía estar involucrada ninguna cuestión de principio. Pero esto ocurría sólo mientras que los movimientos del nivel de precios involucrados fuesen a lo sumo de 2 a 3%, la separación de los llamados puntos del oro. En cuanto el movimiento del nivel de los precios internos necesario para mantener la esta-

¹ La teoría básica ha sido elaborada por F. Schafer, Wellington, Nueva Zelanda.

bilidad de las divisas era mucho mayor, cuando brincaba a 10 o 30%, la situación cambiaba por completo. Tales movimientos del nivel de los precios hacia abajo difundirían la miseria y la destrucción. El hecho de que las monedas fuesen administradas cobró una importancia fundamental, pues significaba que los métodos de la banca central eran una cuestión de la política económica, es decir, algo que el organismo político podría decidir. En efecto, la gran importancia institucional de la banca central residía en el hecho de que la política monetaria se llevaba así a la esfera de la política. Las consecuencias no podían dejar de ser trascendentales.

En el campo interno, la política monetaria era sólo otra forma del intervencionismo, y los choques de las clases económicas tendían a cristalizar alrededor de esta cuestión tan íntimamente ligada al patrón oro y los presupuestos balanceados. Como veremos más adelante, los conflictos internos de los años treinta se centraban a menudo en esta cuestión, la que desempeñó un papel importante en el crecimiento del movimiento antidemocrático.

En el campo externo, las monedas nacionales desempeñaron un papel muy importante, aunque este hecho casi no se reconoció a la sazón. La filosofía reinante en el siglo XIX era pacifista e internacionalista; "en principio", todas las personas educadas eran partidarias del libre comercio, y con reservas que ahora aparecen irónicamente modestas, no lo eran menos en la práctica. Por supuesto, la fuente de esta perspectiva era económica; gran parte del idealismo genuino derivaba de la esfera del trueque y el comercio: por una paradoja suprema, los deseos egoístas del hombre estaban validando sus impulsos más generosos. Sin embargo, desde el decenio de 1870 podía apreciarse un cambio emocional, aunque no había ninguna alteración correspondiente en las ideas dominantes. El mundo continuaba creyendo en el internacionalismo y la interdependencia, mientras actuaba bajo los impulsos del nacionalismo y la autosuficiencia. El nacionalismo liberal se estaba convirtiendo en un liberalismo nacional, con su inclinación marcada hacia el proteccionismo y el imperialismo en el exterior, el conservadurismo monopolístico en el interior. En ninguna parte era la contradicción tan marcada y sin embargo tan poco consciente como en el campo monetario. La creencia dogmática en el patrón oro internacional continuaba contando con las lealtades ilimitadas de los hombres, al mismo tiempo que se creaban monedas simbólicas, basadas en la soberanía de los diversos sistemas de banca central. Bajo la égida de los principios internacionales, se estaban erigiendo bastiones inexpugnables de un nuevo nacionalismo, de manera inconsciente, bajo la forma de los bancos centrales de emisión.

En verdad, el nuevo nacionalismo era el corolario del nuevo internacionalismo. El patrón oro internacional no podría ser tolerado por las naciones a las que supuestamente debería servir, a menos que se aseguraran contra los peligros con los que amenazaba a las comunidades que se adherían a él. Las comunidades completamente monetizadas no podrían haber soportado los ruinosos efectos de los cambios abruptos del nivel de los precios requeridos por el mantenimiento de divisas estables, a menos que el choque fuese amortiguado por medio de una política de banca central independiente. La moneda nacional simbólica era la salvaguardia segura de esta seguridad relativa, ya que permitía que el banco central actuara como un amortiguador entre la economía interna y la externa. Si la balanza de pagos se veía amenazada por la iliquidez, las reservas y los préstamos externos permitirían superar la dificultad; si debiera crearse un balance económico enteramente nuevo, que involucrara una baja del nivel de los precios internos, la restricción del crédito podría repartirse en la forma más racional, eliminando al ineficiente y echando la carga sobre el eficiente. La ausencia de tal mecanismo habría vuelto imposible que cualquier país avanzado permaneciera ligado al oro sin efectos devastadores sobre su bienestar, en términos de la producción, el ingreso o el empleo.

Si la clase mercantil era el protagonista de la economía de mercado, el banquero era el líder innato de esa clase. El empleo y los ingresos dependían de la rentabilidad de las empresas, pero la rentabilidad de las empresas dependía de la estabilidad de las tasas de cambio y de las condiciones crediticias sanas, ambas bajo la responsabilidad del banquero. Era parte de su credo que las dos cosas eran inseparables. Un presupuesto sano y la estabilidad de las condiciones crediticias internas presuponían la estabilidad de las tasas de cambio; y esta estabilidad sólo podría lograrse si el crédito interno era seguro y las finanzas estatales estaban en equilibrio. En suma, la responsabilidad del banquero comprendía la salud de las finanzas internas y la estabilidad externa de la moneda. Es por ello que los banqueros, como una clase, fueron los últimos en advertir que ambas cosas habían perdido su significado. En efecto, no hay nada sorprendente en la influencia dominante de los banqueros internacionales durante los años veinte, ni en su eclipse durante los años treinta. En los años veinte, todavía se consideraba el patrón oro como la condición necesaria para el retorno a la estabilidad y la prosperidad, y en consecuencia ninguna demanda de sus guardianes profesionales, los banqueros, se consideraba demasiado onerosa, siempre que prometiera asegurar la estabilidad de las tasas de cambio; cuando esto resultó

imposible, después de 1929, surgió imperativa la necesidad de una moneda interna estable, y nadie estaba menos calificado que el banquero para proveerla.

En ningún campo fue tan abrupto el derrumbe de la economía de mercado como en el del dinero. Los aranceles agrarios que interferían con la importación de los productos de tierras extranjeras destruían el libre comercio; el estrechamiento y la regulación del mercado de mano de obra restringían el regateo a los campos donde la ley permitía que decidieran las partes. Pero ni en el caso de la mano de obra ni en el de la tierra hubo un rompimiento formal del mecanismo del mercado, repentino y completo, como ocurría en el campo del dinero. En los otros mercados no hubo nada comparable al abandono del patrón oro hecho por Gran Bretaña el 21 de septiembre de 1931; ni siquiera el evento subsidiario de la acción similar estadounidense en junio de 1933. Para ese momento, la Gran depresión iniciada en 1929 había destruido la mayor parte del comercio mundial, pero esto no significaba ningún cambio en los métodos, ni afectaba las ideas vigentes. En cambio, el fracaso final del patrón oro era el fracaso final de la economía de mercado.

El liberalismo económico se había iniciado 100 años atrás, y había sido afrontado por un contrataque proteccionista que ahora asaltaba al último bastión de la economía de mercado. Un nuevo conjunto de ideas gobernantes sustituía al mundo del mercado autorregulado. Ante la estupefacción de la gran mayoría de los contemporáneos, surgieron fuerzas insospechadas del liderazgo carismático y el aislacionismo autárquico que fusionaron a las sociedades en formas nuevas.

XVII. EL DEBILITAMIENTO DE LA AUTORREGULACIÓN

EN EL MEDIO SIGLO TRANSCURRIDO entre 1879 y 1929, las sociedades occidentales se convirtieron en unidades estrechamente unidas en las que estaban latentes poderosas tensiones destructivas. La fuente más inmediata de esta evolución era el debilitamiento de la autorregulación de la economía de mercado. En virtud de que la sociedad debía conformarse a las necesidades del mecanismo de mercado, las imperfecciones existentes en el funcionamiento de ese mecanismo creaban tensiones acumulativas en el organismo social.

El debilitamiento de la autorregulación era un efecto del proteccionismo. Por supuesto, hay un sentido en el que los mercados son siempre autorregulados, ya que tienden a producir un precio que los vacía; pero esto se aplica a todos los mercados, ya sean libres o no. Pero como hemos demostrado antes, un *sistema* de mercado autorregulado implica algo muy diferente, a saber: mercados para los elementos de la producción, el trabajo, la tierra y el dinero. Dado que el funcionamiento de tales mercados amenaza con la destrucción de la sociedad, la acción de autopreservación de la comunidad trataba de impedir su establecimiento o de interferir con su libre funcionamiento una vez establecidos.

Los liberales económicos han señalado la experiencia estadounidense como una prueba concluyente de la capacidad de funcionamiento de una economía de mercado. Durante un siglo, la mano de obra, la tierra y el dinero se negociaron en los Estados Unidos en entera libertad, pero supuestamente no se necesitaba ninguna medida de protección social y, aparte de los aranceles aduaneros, la vida industrial continuaba libre de la interferencia gubernamental.

Por supuesto, la explicación es simple: se trataba de mano de obra, tierra y dinero libres. Hasta el decenio de 1890, la frontera estaba abierta y abundaba la tierra libre;¹ hasta la Gran guerra, la oferta de mano de obra poco calificada fluía libremente; y hasta principios del siglo no había ningún compromiso de mantener estable la tasa de cambio. Seguía existiendo una oferta libre de tierra, mano de obra y dinero, de modo que no existía ningún sistema

¹ Penrose, E. F., *op. cit.* La ley maltusiana es válida sólo bajo el supuesto de que la oferta de tierra es limitada.

de mercado autorregulado. Mientras permanecieran estas condiciones, ni el hombre, ni la naturaleza ni la organización empresarial necesitaban alguna protección de la clase que sólo la intervención gubernamental puede proveer.

En cuanto dejaron de existir estas condiciones, la protección social hizo su aparición. Dado que los trabajadores de menor calificación ya no podían ser libremente remplazados por una inagotable reserva de inmigrantes, mientras que los trabajadores mejor calificados no podían asentarse libremente en la tierra; que el suelo y los recursos naturales se volvían escasos y debían atenderse; que se introdujo el patrón oro para alejar el circulante de la política y conectar el comercio interior al comercio mundial, los Estados Unidos se emparejaron con un siglo de desarrollo europeo: la protección del suelo y sus cultivadores, la seguridad social para los trabajadores a través del sindicalismo y la legislación, y la banca central —todo ello a gran escala— hicieron su aparición. El proteccionismo monetario apareció primero: la creación del Sistema de la Reserva Federal trataba de armonizar las necesidades del patrón oro con los requerimientos regionales; luego vino el proteccionismo respecto de los trabajadores de la tierra. Un decenio de prosperidad en los años veinte bastó para generar una depresión tan aguda que en su curso el Nuevo Trato empezó a construir un foso alrededor de los trabajadores y de la tierra, más ancho que todo lo conocido hasta entonces en Europa. Así pues, los Estados Unidos ofrecieron una prueba clara, tanto positiva como negativa, de nuestra tesis de que la protección social era el corolario de un mercado supuestamente autorregulado.

Al mismo tiempo, el proteccionismo estaba produciendo por todas partes la dura concha de la emergente unidad de la vida social. La nueva entidad se forjó en el molde nacional, pero por lo demás guardaba escasa semejanza con sus predecesoras, las naciones tranquilas del pasado. El nuevo tipo de nación crustácea expresaba su identidad mediante monedas simbólicas nacionales salvaguardadas por un tipo de soberanía más celosa y absoluta que todo lo conocido hasta entonces. Estas monedas eran observadas también desde el exterior, ya que el patrón oro internacional (el instrumento principal de la economía mundial) estaba construido con ellas. Si el dinero regía ahora al mundo, ese dinero estaba estampado con una prensa nacional.

Tal hincapié en las naciones y las monedas habría sido incomprensible para los liberales, cuya mente omitía de ordinario las características verdaderas del mundo en que vivían. Si consideraban a la nación un anacronismo, las monedas nacionales no eran consideradas siquiera dignas de atención. Ningún economista de la época liberal que se respetara dudaba de la irrelevancia

del hecho de que diferentes piezas de papel llevaran nombres diferentes en los lados diferentes de las fronteras políticas. Nada era más simple que cambiar una denominación por otra mediante el uso del mercado de cambios, una institución que no podría dejar de funcionar puesto que, por fortuna, no se encontraba bajo el control del Estado o de los políticos. Europa occidental estaba atravesando por una nueva Ilustración, y entre sus fantasmas ocupaba un lugar prominente el concepto "tribal" de la nación, cuya supuesta soberanía era para los liberales un fruto del pensamiento parroquial. Hasta los años treinta, la agenda económica incluía la información segura de que el dinero era sólo un instrumento de cambio y por lo tanto secundario por definición. El punto ciego de la mente comercializadora era igualmente insensible a los fenómenos de la nación y del dinero. El partidario de libre comercio era un nominalista respecto de ambos.

Esta conexión era muy importante, pero a la sazón pasaba inadvertida. De vez en cuando surgían críticos de las doctrinas del libre comercio, al igual que críticos de las doctrinas ortodoxas sobre el dinero, pero casi nadie reconocía que estos dos conjuntos de doctrinas estaban enunciando el mismo argumento en términos diferentes, y que si uno de ellos era falso también lo era el otro. William Cunningham o Adolph Wagner demostraron las falacias cosmopolitas del libre comercio, pero no las conectaron con el dinero; por otra parte, Macleod o Gesell atacaron las teorías clásicas del dinero mientras se adherían a un sistema de comercio cosmopolita. La importancia constitutiva de la moneda en el establecimiento de la nación como la unidad económica y política decisiva de la época era pasada por alto por los escritores de la Ilustración liberal tan completamente como la existencia de la historia había sido omitida por sus predecesores del siglo XVIII. Tal fue la posición adoptada por los más brillantes pensadores económicos, desde Ricardo hasta Wieser, desde John Stuart Mill hasta Marshall y Wicksell, mientras que el común de los hombres educados creía que la preocupación por el problema económico de la nación o de la moneda marcaba a una persona con el estigma de la inferioridad. La combinación de estas falacias en la monstruosa proposición de que las monedas nacionales desempeñaban un papel vital en el mecanismo institucional de nuestra civilización habría sido juzgada como una paradoja sin sentido, desprovista de significado.

En realidad, la nueva unidad nacional y la nueva moneda nacional eran inseparables. Era la moneda la que proveía a los sistemas nacionales e internacionales de su mecánica e introducía al cuadro los rasgos que generaban lo abrupto del rompimiento. El sistema monetario en el que se basaba

el crédito se había convertido en la línea vital de la economía nacional e internacional.

El proteccionismo era una carrera en tres direcciones. La tierra, la mano de obra y el dinero desempeñaban su papel particular, pero mientras que la tierra y la mano de obra se ligaban a estratos sociales definidos aunque amplios, como los trabajadores o el campesinado, el proteccionismo monetario era en mayor medida un factor nacional, que a menudo fundía intereses diversos en un todo colectivo. Aunque también la política monetaria podía dividir al igual que unir, el sistema monetario era objetivamente la más vigorosa de las fuerzas económicas integradoras de la nación.

La mano de obra y la tierra explicaban primordialmente la legislación social y los aranceles de los granos, respectivamente. Los agricultores protestarían contra las cargas que beneficiaban al trabajador y elevaban los salarios, mientras que los trabajadores objetarían a todo incremento de los precios de los alimentos. Pero una vez que las leyes de granos y las leyes laborales estaban en vigor —en Alemania desde principios de los años ochenta— habría resultado difícil la derogación de las primeras sin la derogación de las últimas y a la inversa. La relación era más estrecha aún entre los aranceles agrícolas y los industriales. Dado que la idea del proteccionismo total había sido popularizada por Bismarck (1879), la alianza política de terratenientes e industriales para la salvaguardia recíproca de los aranceles había sido una característica de la política alemana; el apoyo recíproco de los aranceles era tan común como la creación de carteles para obtener beneficios privados de los aranceles.

El proteccionismo interno y el externo, el social y el nacional, tendían a fundirse.² El creciente costo de la vida inducido por las leyes de granos provocaba la demanda de aranceles protectores por parte de los fabricantes, quienes raras veces dejaban de utilizarlos como un implemento de la política del cartel. Los sindicatos insistían naturalmente en la elevación de los salarios para compensar los incrementos del costo de la vida, y no podían objetar los aranceles aduaneros que permitían al empleador satisfacer una nómina salarial inflada. Pero una vez que la contabilidad de la legislación social se basaba en un nivel salarial condicionado por los aranceles, no podía esperarse en justicia que los empleadores soportaran la carga de tal legislación si no se les aseguraba una protección continua. Por cierto, ésta era la escueta base fáctica de la acusación de una conspiración colectivista que

supuestamente era responsable del movimiento proteccionista. Pero así se confunde el efecto con la causa. El origen del movimiento fue espontáneo y muy disperso, pero una vez iniciado no podía dejar de crear los intereses paralelos comprometidos con su continuación.

Más importante que la semejanza de intereses era la difusión uniforme de las condiciones reales creadas por los efectos combinados de tales medidas. Si la vida era diferente en países diferentes, como había ocurrido siempre, la disparidad podía imputarse ahora a actos legislativos y administrativos bien definidos, de tendencia proteccionista, ya que las condiciones de la producción y del trabajo dependían ahora principalmente de los aranceles, la tributación y las leyes sociales. Aun antes de que los Estados Unidos y los dominios británicos restringieran la inmigración, se había reducido el número de los emigrantes provenientes del Reino Unido, a pesar de un desempleo severo, debido sin duda al clima social muy mejorado de la madre patria.

Pero si los aranceles aduaneros y las leyes sociales producían un clima artificial, la política monetaria creaba lo que equivalía a condiciones del tiempo exageradamente artificiales, que variaban día a día y afectaban a todos los miembros de la comunidad en sus intereses inmediatos. El poder integrador de la política monetaria superaba ampliamente al de las otras clases del proteccionismo, con su aparato lento y pesado, ya que la influencia de la protección monetaria era siempre activa y cambiante. Lo que ponderaban el empresario, el trabajador sindicalizado, el ama de casa; lo que resolvían el agricultor que estaba planeando su cosecha, los padres que estaban calibrando las oportunidades de sus hijos, los amantes que esperaban casarse, al considerar lo propicio del momento, se determinaba más directamente por la política monetaria del banco central que por cualquier otro factor. Y si esto era cierto incluso con una moneda estable, se volvía incomparablemente más aplicable cuando la moneda era inestable y debía tomarse la decisión fatal de inflar o deflactar. En lo político, el gobierno establecía la identidad de la nación; en lo económico, tal tarea correspondía al banco central.

A nivel internacional, el sistema monetario asumía una importancia mayor aún, si ello era posible. Paradójicamente, la libertad del dinero derivaba de las restricciones impuestas al comercio exterior. Entre más numerosos fuesen los obstáculos opuestos al movimiento de bienes y hombres a través de las fronteras, más efectivamente debía salvaguardarse la libertad de los pagos. El dinero a corto plazo se movía de un punto a otro del globo en el curso de una hora; las modalidades de los pagos internacionales entre gobiernos y entre corporaciones privadas o individuos estaban uniformemente

² Carr, E. H., *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939, 1940.*

reguladas; el repudio de las deudas externas, o los intentos de manipulación de las garantías presupuestarias, incluso por parte de gobiernos atrasados, se consideraba como un ultraje y se castigaba con el destierro a la oscuridad exterior de quienes fuesen indignos de crédito. En todas las cuestiones relevantes para el sistema monetario mundial, se crearon instituciones similares por todas partes, como los organismos representativos, las constituciones escritas que definían su jurisdicción y regulaban la publicación de presupuestos, la promulgación de leyes, la ratificación de tratados, los métodos para la contratación de obligaciones financieras, las reglas de la contabilidad pública, los derechos de los extranjeros, la jurisdicción de los tribunales, el domicilio de las letras de cambio y, por implicación, la posición del banco de emisión, de los tenedores de bonos extranjeros, de los acreedores de todas clases. Esto involucraba la conformidad en el uso de billetes bancarios y de metales preciosos, de las regulaciones postales, y de los métodos de la bolsa de valores y de la banca. Ningún gobierno, con la posible excepción de los más poderosos, podía pasar por alto los tabúes del dinero. Para propósitos internacionales, la moneda era la nación; y ninguna nación podía existir por largo tiempo fuera del sistema internacional.

En contraste con los hombres y los bienes, el dinero estaba libre de todas las medidas restrictivas y continuaba desarrollando su capacidad para realizar transacciones comerciales a cualquier distancia y en todo tiempo. Entre más difícil se volvía el desplazamiento de los objetos reales, más fácil se volvía la transmisión de derechos sobre ellos. Mientras se frenaba el comercio de bienes y servicios y su balanza oscilaba precariamente, la balanza de pagos se mantenía líquida en forma casi automática con el auxilio de préstamos a corto plazo que viajaban por todo el globo, y de operaciones de financiamiento que sólo débilmente tomaban en cuenta al comercio visible. Los pagos, las deudas y los créditos no se veían afectados por las crecientes barreras erigidas en contra del intercambio de bienes; la elasticidad rápidamente creciente y la universalidad del mecanismo monetario internacional estaba compensando en cierto modo la contracción incessante de los canales del comercio mundial. A principios de los años treinta, cuando el comercio mundial se había reducido a un mínimo, los préstamos internacionales a corto plazo alcanzaron una movilidad jamás vista. Mientras funcionara el mecanismo de los movimientos internacionales del capital y de los créditos a corto plazo, ningún desequilibrio del comercio real era demasiado grande para que no se superara con los métodos de la contabilidad. Se evitaba la dislocación social con el auxilio de los mo-

vimientos del crédito; el desequilibrio económico se corregía por medios financieros.

En última instancia, el debilitamiento de la autorregulación del mercado condujo a la intervención política. Cuando el ciclo económico no pudo completarse para restablecer el empleo, cuando las importaciones no produjeron exportaciones, cuando las regulaciones de las reservas bancarias amenazaron con un pánico, cuando los deudores extranjeros se negaron a pagar, los gobiernos debieron responder a la emergencia. La unidad de la sociedad se afirmaba por medio de la intervención en tal situación.

La medida en que el Estado se viera inducido a interferir dependía de la constitución de la esfera política y del grado de la aflicción económica. Mientras que el voto estuviese restringido y pocos individuos ejercieran influencia política, el intervencionismo era un problema mucho menos urgente que el surgido cuando el sufragio universal hizo del Estado el órgano del millón gobernante: el mismo millón que, en el campo económico, debía llevar a menudo la carga amarga de los gobernados. Y mientras que el empleo fuese abundante, los ingresos estuviesen asegurados, la producción fuese continua, los niveles de vida fuesen confiables y los precios estables, la presión intervencionista sería naturalmente menor de lo que llegó a ser cuando los estancamientos prolongados hicieron de la industria un cementerio de herramientas ociosas y de esfuerzos frustrados.

También a nivel internacional se usaron métodos políticos para complementar la imperfecta autorregulación del mercado. La teoría ricardiana del comercio y la moneda omitió en vano la diferencia de posición existente entre los diversos países debido a su diferente capacidad de producción de riqueza, de capacidad de exportación, de comercio, de transporte y de experiencia bancaria. En la teoría liberal, Gran Bretaña era simplemente otro átomo en el universo del comercio internacional, exactamente igual que Dinamarca y Guatemala. En realidad, el mundo tenía un número limitado de países, divididos en países prestamistas y prestatarios, exportadores y prácticamente autosuficientes, países de variadas exportaciones y otros que dependían para sus importaciones y sus préstamos externos de la venta de un solo producto como el trigo o el café. La teoría podía omitir tales diferencias, pero sus consecuencias no podían pasarse por alto en la práctica. Con frecuencia, los países extranjeros se veían incapacitados para pagar sus deudas externas, o sus monedas se depreciaban poniendo en peligro su solvencia; a veces decidían corregir la balanza por medios políticos e interferían con la propiedad de los inversionistas extranjeros. En ninguno de estos casos

podía confiarse en los procesos de autocorrección económica, aunque de acuerdo con la doctrina clásica tales procesos le pagarían infaliblemente al acreedor, restablecerían la moneda y salvaguardarían al extranjero contra la repetición de pérdidas similares. Pero esto habría requerido que los países involucrados participaran más o menos igualmente en un sistema de división mundial del trabajo, lo que desde luego no ocurría. Era inútil esperar que el país cuya moneda se derrumbaba incrementara invariablemente y de manera automática sus exportaciones, para restaurar así su balanza de pagos, o que su necesidad de capital extranjero lo obligara a compensar al extranjero y reanudar el servicio de su deuda. El aumento de las ventas de café o de nitratos, por ejemplo, podría sacar del mercado a los exportadores marginales, y el repudio de una deuda externa usuraria parecería preferible a una depreciación de la moneda nacional. El mecanismo del mercado mundial no podía correr tales riesgos. Por el contrario, se enviarían de inmediato las cañoneras, y el gobierno moroso afrontaría la alternativa del bombardeo o el arreglo, independientemente de que su mora fuese fraudulenta o no. No se disponía de ningún otro método para obligar al pago, evitar grandes pérdidas y mantener en marcha al sistema. Una práctica similar se había usado para inducir a los pueblos coloniales a reconocer las ventajas del comercio cuando el argumento teóricamente infalible de la ventaja recíproca no era entendido por los nativos con rapidez o de ninguna manera. Más evidente aún era la necesidad de los métodos intervencionistas cuando la región en cuestión era rica en materias primas requeridas por los fabricantes europeos, mientras que ninguna armonía previamente establecida aseguraba el surgimiento de una demanda de manufacturas europeas por parte de los nativos cuyas necesidades naturales habían tomado antes una dirección enteramente diferente. Por supuesto, se suponía que ninguna de estas dificultades surgiría bajo un sistema autorregulado. Pero entre más frecuentes fuesen los pagos hechos sólo bajo la amenaza de la intervención armada, con mayor frecuencia se mantendrían abiertas las rutas comerciales sólo con el auxilio de las cañoneras; entre más a menudo siguiera el comercio a la bandera, mientras que la bandera seguía a las necesidades de los gobiernos invasores, más patente se hacía que debían usarse instrumentos políticos para mantener el equilibrio en la economía mundial.

XVIII. LAS TENSIONES DESTRUCTIVAS

DE TAL UNIFORMIDAD de los arreglos institucionales subyacentes derivó la intrigante semejanza del patrón de los eventos que en el medio siglo transcurrido entre 1879 y 1929 se hicieron sentir en un territorio enorme.

Una diversidad infinita de personalidades y antecedentes, mentalidades y experiencias históricas, daba color local e hincapié peculiar a las vicisitudes de muchos países; pero en la mayor parte del mundo tenía la civilización la misma urdimbre. Esta afinidad trascendía la de los rasgos culturales comunes a pueblos que usaban instrumentos similares, disfrutaban de diversiones similares y remuneraban el esfuerzo con premios similares. Más bien, la semejanza se refería a la función de eventos concretos en el contexto histórico de la vida, el componente temporal de la existencia colectiva. Un análisis de estas tensiones típicas revelaría gran parte del mecanismo que produjo el patrón singularmente uniforme de la historia durante este periodo.

Las tensiones pueden agruparse fácilmente de acuerdo con las principales esferas institucionales. En la economía interna, los síntomas de desequilibrio más variados —como la declinación de la producción, el empleo y los ingresos— se representarán aquí por el flagelo típico del *desempleo*. En la política interna había la lucha y el empate de las fuerzas sociales, que tipificaremos como la *tensión clasista*. Designaremos las dificultades surgidas en el campo de la economía internacional, centradas alrededor de la llamada balanza de pagos e integradas por una baja de las exportaciones, desfavorables términos de intercambio, escasez de materias primas importadas, y pérdidas de las inversiones extranjeras, como un grupo, por una forma característica de la tensión, a saber: la *presión sobre los cambios*. Por último, llamaremos *rivalidades imperialistas* a las tensiones existentes en la política internacional.

Consideremos ahora un país que, en el curso de una depresión económica, se ve azotado por el desempleo. Se advierte sin dificultad que todas las medidas de política económica que los bancos puedan tomar a fin de crear empleos están limitadas por las exigencias de la estabilidad de las tasas de cambio. Los bancos no podrán expandir ni otorgar créditos nuevos a la in-

dustria sin recurrir al banco central, el que por su parte denegará la petición porque la seguridad de la moneda requiere que se siga el camino opuesto. Por otra parte, si la tensión se difunde de la industria al Estado —los sindicatos podrían inducir a los partidos políticos afiliados para que plantearan el asunto en el parlamento— el alcance de toda política de subsidio o de obras públicas estará limitado por los requerimientos del equilibrio presupuestario, otra condición necesaria para la estabilidad de las tasas de cambio. El patrón oro frenará así la acción de la Tesorería tan eficazmente como la del banco de emisión, y la legislatura afrontará las mismas limitaciones aplicadas a la industria.

Por supuesto, dentro de la nación podría soportarse la tensión del desempleo alternativamente en la zona industrial o en la zona gubernamental. Si en un caso particular se superó la crisis por una presión deflacionaria sobre los salarios, podría decirse que la carga recayó primordialmente sobre la esfera económica. Pero si se evitó esa medida dolorosa con el auxilio de las obras públicas subsidiadas con los impuestos a la herencia, la mayor parte de la tensión recaería sobre la esfera política (lo mismo ocurriría si la disminución de los salarios se impusiera a los sindicatos por alguna medida gubernamental que violara los derechos adquiridos). En el primer caso —presión deflacionaria sobre los salarios— la tensión permanecía dentro de la zona del mercado y se expresaba en un desplazamiento de los ingresos transmitidos por un cambio de los precios; en el último caso —obras públicas o restricciones sindicales— había un cambio de la posición legal o de la tributación que afectaba primordialmente la posición política del grupo involucrado.

Además, la tensión del desempleo podría haberse difundido fuera de los confines de la nación y afectado a las divisas. Esto podría ocurrir independientemente de que se hubiesen empleado métodos políticos o económicos para combatir el desempleo. Bajo el patrón oro —que suponemos vigente todo el tiempo— toda medida gubernamental que provocara un déficit presupuestario podría iniciar una depreciación de la moneda; por otra parte, si se combatiera el desempleo con la expansión del crédito bancario, la elevación de los precios internos afectaría a las exportaciones y por ende a la balanza de pagos. En ambos casos se derrumbarían las divisas y el país sentiría la presión sobre su moneda.

Alternativamente, la tensión derivada del desempleo podría inducir una tensión externa. En el caso de un país débil, esto tenía a veces las consecuencias más graves para su posición internacional. Su posición se deterioraba, sus derechos eran violados, se le imponía el control extranjero, sus

aspiraciones nacionales se frustraban. En el caso de los estados fuertes, la presión podría conducir a una lucha por los mercados externos, las colonias, las zonas de influencia y otras formas de la rivalidad imperialista.

Las tensiones emanadas del mercado se desplazan así entre el mercado y las otras zonas institucionales principales, afectando a veces el funcionamiento del campo del gobierno, a veces el del patrón oro o el del sistema de la balanza de poder, según el caso. Cada campo era comparativamente independiente de los otros y tendía hacia su propio equilibrio; siempre que no se alcanzara esta balanza, el desequilibrio se difundía a las otras esferas. Era la relativa autonomía de la esfera lo que hacía que las tensiones se acumularan y generaran presiones que eventualmente explotaban en formas más o menos estereotipadas. Mientras que en la imaginación el siglo XIX se ocupó de la construcción de la utopía liberal, en la realidad estaba entregando las cosas a un número definido de instituciones concretas cuyos mecanismos estaban gobernando.

Es posible que el enfoque más cercano a la apreciación de la posición verdadera haya sido el interrogante retórico de un economista que, todavía en 1933, acusaba a las políticas proteccionistas de *la gran mayoría de los gobiernos*. ¿Puede ser correcta una política que está siendo condenada unánimemente por todos los expertos como completamente errada, obviamente falaz y contraria a todos los principios de la teoría económica? La respuesta del economista era un categórico “no”.¹ Pero en vano buscaríamos en la literatura liberal algo semejante a una explicación de los hechos patentes. La única respuesta era una corriente interminable de abusos por parte de los gobiernos, los políticos y los estadistas cuya ignorancia, ambición, avaricia y miope prejuicio eran supuestamente responsables de las políticas del proteccionismo aplicadas consistentemente en “la gran mayoría” de los países. Raras veces se encontraba siquiera un argumento razonado sobre el tema. Desde el desafío de los hechos empíricos de la ciencia por parte de los escolásticos, jamás se había exhibido el prejuicio franco en un conjunto tan temible. La única respuesta intelectual era la complementación del mito de la conspiración proteccionista con el mito de la locura imperialista.

En la medida en que se hacía articulado, el argumento liberal afirmaba que las pasiones imperialistas empezaron a agitarse en los países occidentales a principios del decenio de 1880 y destruyeron la obra fructífera de los pensadores económicos por su apelación emocional al prejuicio tribal. Estas

¹ Haberler, G., *Der Internationale Handel*, 1933, p. vi.

políticas sentimentales cobraron fuerza gradualmente, hasta que llevaron a la primera Guerra Mundial. Después de la Gran guerra, las fuerzas de la Ilustración tuvieron otra oportunidad para restablecer el imperio de la razón, pero una oleada inesperada de imperialismo, especialmente entre los pequeños países nuevos, y luego también en los "desheredados" como Alemania, Italia y Japón, descarriló el vagón del progreso. El "animal inventivo", el político, había derrotado a los centros intelectuales de la humanidad: Ginebra, Wall Street y la City de Londres.

En esta muestra de teología política popular, el imperialismo da la razón al viejo Adam. Se da por sentado que tanto los Estados como los imperios sufren de imperialismo congénito: devorarán a sus vecinos sin mostrar el menor escrúpulo moral. La segunda parte del argumento es verdad; no así la primera. Si bien el imperialismo, surja en el lugar y en el tiempo en que surja, no se detiene ante justificación racional o moral alguna para consumir su expansión, los hechos mismos demuestran que los Estados y los imperios no son invariablemente expansionistas. Las asociaciones territoriales no están necesariamente ansiosas por extender sus fronteras; ni las ciudades, ni los Estados ni los imperios sufren de una compulsión semejante. Argumentar lo contrario equivale a asumir que algunas situaciones típicas constituyen una ley universal. En efecto: en contra de las ideas preconcebidas populares, el capitalismo moderno comenzó en realidad con un largo periodo de contracción. Fue sólo hasta fechas recientes cuando ocurrió el giro hacia el imperialismo.

El antimperialismo fue iniciado por Adam Smith, quien así no sólo se anticipó a la Revolución americana sino también al movimiento de la Pequeña Inglaterra del siglo siguiente. Las razones del cambio eran económicas: la rápida expansión de los mercados, iniciada por la Guerra de los siete años, hizo que los imperios pasaran de moda. Mientras que los descubrimientos geográficos, combinados con la relativa lentitud de los medios de transporte, favorecían a las plantaciones en el extranjero, las comunicaciones rápidas convertían a las colonias en un lujo caro. Otro factor desfavorable para las plantaciones era el hecho de que las exportaciones eran ahora más importantes que las importaciones; el ideal del mercado de compradores se veía desplazado por el mercado de vendedores, un objetivo que ahora podía alcanzarse simplemente vendiendo más barato que los competidores, incluidos eventualmente los propios colonizadores. Una vez perdidas las colonias de la costa atlántica, Canadá apenas podía permanecer dentro del Imperio (1837); hasta Disraeli aconsejaba la liquidación de las posesiones

de África occidental; el Estado de Orange ofreció en vano unirse al imperio; y algunas islas del Pacífico, consideradas ahora como bases de la estrategia mundial, vieron consistentemente negada su admisión. Los partidarios del libre comercio y los proteccionistas, los liberales y los tories ardientes se unieron en la convicción popular de que las colonias eran un activo inútil, destinado a convertirse en un pasivo político y financiero. Cualquiera que elogiara a las colonias en el siglo transcurrido entre 1780 y 1880 era mirado como partidario del *ancien régime*. La clase media denunció la guerra y la conquista como maquinaciones dinásticas y se adhirió al pacifismo (François Quesnay había sido el primero en reclamar para el *laissez-faire* los laureles de la paz). Francia y Alemania siguieron las huellas de Inglaterra. La primera frenó apreciablemente el ritmo de su expansión, e incluso su imperialismo era ahora más continental que colonial. Bismarck rechazaba airadamente el pago de una sola vida por los Balcanes y echó toda su influencia tras la propaganda anticolonial. Tal era la actitud gubernamental cuando las compañías capitalistas estaban invadiendo continentes enteros; cuando la East India Company se había disuelto a insistencia de ávidos exportadores de Lancashire, y traficantes anónimos de mercancías remplazaron en la India a las resplandecientes figuras de Warren Hastings y Clive. Los gobiernos se mantenían alejados. Canning ridiculizó la noción de la intervención en aras de inversionistas y especuladores en el extranjero. La separación de la política y la economía se llevaba ahora a los asuntos internacionales. Mientras que la reina Isabel se había resistido a distinguir demasiado estrictamente entre su ingreso privado y el ingreso del filibustero, Gladstone habría calificado de calumnia la afirmación de que la política exterior británica se estaba poniendo al servicio de los inversionistas extranjeros. La fusión del poder estatal y los intereses comerciales no era una idea del siglo XIX; por el contrario, algunos estadistas de principios de la época victoriana habían proclamado la independencia de la política y la economía como una máxima del comportamiento internacional. Se suponía que los representantes diplomáticos actuarían en aras de los intereses privados de sus nacionales sólo en algunos casos estrechamente definidos, y la subrepticia extensión de estas ocasiones se negaba en público y se reprimía en consecuencia si llegara a demostrarse. No sólo dentro del país, sino también en el extranjero, se mantenía el principio de la no intervención del Estado en los asuntos de la empresa privada. Se suponía que el gobierno nacional no intervendría en el comercio privado, y se esperaba que las oficinas del exterior no considerarían los intereses privados en el exterior sino de acuerdo con lineamientos

nacionales. Las inversiones eran predominantemente agrícolas y ubicadas dentro del país; las inversiones extranjeras se consideraban todavía como un azar, y las frecuentes pérdidas totales sufridas por los inversionistas se consideraban ampliamente compensadas por los términos escandalosos de los préstamos usurarios.

El cambio llegó repentinamente, y esta vez al mismo tiempo en todos los países grandes de Occidente. Mientras que Alemania repitió el desarrollo interno de Inglaterra sólo después de medio siglo, los eventos externos de alcance mundial afectarían necesariamente a todos los países traficantes por igual. Tal evento era el incremento del ritmo y el volumen del comercio internacional, así como la movilización universal de la tierra, implicados en la transportación masiva de granos y materias primas agrícolas de una parte del planeta a otra, a un costo fraccional. Este terremoto económico dislocaba la vida de docenas de millones de habitantes de Europa rural. Al cabo de pocos años, el libre comercio era cosa del pasado, y la nueva expansión de la economía de mercado ocurrió bajo condiciones enteramente nuevas.

Estas condiciones eran fijadas por el "doble movimiento". El patrón del comercio internacional que ahora se difundía a ritmo acelerado se veía cruzado por la introducción de instituciones proteccionistas destinadas a frenar la acción general del mercado. La crisis agraria y la Gran depresión de 1873-1886 habían menguado la confianza en que la economía se curaría sola. En adelante, las instituciones características de la economía de mercado podrían introducirse de ordinario sólo si fuesen acompañadas de medidas proteccionistas, sobre todo porque desde fines del decenio de 1870 y principios del decenio siguiente, se estaban constituyendo las naciones en unidades organizadas susceptibles de padecer gravemente por las dislocaciones involucradas en todo ajuste repentino a las necesidades del comercio exterior o de las divisas. El vehículo supremo de la expansión de la economía de mercado, el patrón oro, se acompañaba así habitualmente con la introducción simultánea de las políticas proteccionistas características de la época, como la legislación social y los aranceles aduaneros.

Sobre este punto resultaba errada también la versión liberal tradicional de la conspiración colectivista. El libre comercio y el sistema del patrón oro no eran caprichosamente destruidos por egoístas traficantes de aranceles y por leyes sociales de beneficencia; por el contrario, el propio surgimiento del patrón oro apresuró la difusión de estas instituciones proteccionistas, mejor recibidas entre más onerosas fuesen las tasas de cambio fijas. A partir de ese momento, los aranceles, las leyes fabriles y una política colonial activa

eran condiciones necesarias para la estabilidad de la moneda externa (Gran Bretaña, con su vasta superioridad industrial, era la excepción que probaba la regla). Los métodos de la economía de mercado podían introducirse ahora con seguridad sólo cuando se diesen estas condiciones. Cuando tales métodos se aplicaban a un pueblo indefenso en ausencia de medidas protectoras, como ocurría en las regiones exóticas y semicoloniales, se producían sufrimientos inenarrables.

Aquí se encuentra la clave de la aparente paradoja del imperialismo: la negativa económicamente inexplicable y por ende supuestamente irracional de los países a comerciar entre sí en forma indiscriminada, buscando en cambio la adquisición de mercados extranjeros y exóticos. Lo que hacía a los países actuar en esta forma era simplemente el temor de consecuencias similares a las que los pueblos indefensos no podían evitar. La diferencia era simplemente que, mientras que la población tropical de la colonia pobre se veía arrojada a la miseria y la degradación totales, a menudo hasta el punto de la extinción física, la negativa del país occidental era inducida por un peligro menor pero todavía suficientemente real para ser evitado casi a toda costa. No importaba que la amenaza, como en el caso de las colonias, no fuese esencialmente económica; no había ninguna razón, aparte del prejuicio, para buscar la medida de la dislocación social en magnitudes económicas. En efecto, esperar que una comunidad permaneciera indiferente ante el flagelo del desempleo, el desplazamiento de industrias y ocupaciones y la tortura moral y psicológica que las acompaña, sólo porque los efectos económicos podrían ser insignificantes a largo plazo, equivalía a suponer un absurdo.

La nación era tan a menudo el recipiente pasivo como el iniciador activo de la tensión. Si algún evento externo pesaba grandemente sobre el país, su mecanismo interno funcionaba en la forma habitual, desplazando la presión de la zona económica a la política o viceversa. Durante la posguerra ocurrieron ejemplos importantes. Para algunos países de Europa central, la derrota creó condiciones muy artificiales que incluían una feroz presión externa bajo la forma de reparaciones. Durante más de un decenio, el escenario interno alemán se vio dominado por un desplazamiento de la carga externa entre la industria y el Estado: entre los salarios y los beneficios por una parte, entre los beneficios sociales y los impuestos por la otra. La nación en conjunto soportó las reparaciones, y la posición interna cambió de acuerdo con la forma en que el país —gobierno y empresas combinados— atacara el problema. La solidaridad nacional se basaba así en el patrón oro, lo que hacía del mantenimiento del valor externo de la moneda una obligación imperiosa.

El Plan Dawes se elaboró expresamente para salvaguardar a la moneda alemana. El Plan Young volvió absoluta la misma condición. Si no fuese por la obligación de mantener incólume el valor externo del *reichsmark*, el curso de los asuntos internos de Alemania durante este periodo sería ininteligible. La responsabilidad colectiva por la moneda creaba el marco indestructible dentro del cual se ajustaban a la tensión las empresas y los partidos, la industria y el Estado. Pero lo que una Alemania derrotada debía soportar como resultado de una guerra perdida lo habían soportado voluntariamente todos los pueblos antes de la Gran guerra, a saber: la integración artificial de sus países a través de la presión de las tasas de cambio estables. Sólo la resignación ante las inevitables leyes del mercado podría explicar la orgullosa aquiescencia con la que se llevó la cruz.

Podría objetarse que este bosquejo es el resultado de una simplificación excesiva. La economía de mercado no se inició en un día, ni los tres mercados se movían con la coordinación de una danza, ni el proteccionismo tenía efectos paralelos en todos los mercados, etc. Esto es cierto, por supuesto; pero no ataca el fondo de la cuestión.

Desde luego, el liberalismo económico sólo creó un mecanismo novedoso a partir de mercados más o menos desarrollados; unificó diversos tipos de mercados ya existentes, y coordinó sus funciones en un solo conjunto. De igual modo, la separación de la mano de obra y la tierra estaba bien avanzada para ese momento, al igual que el desarrollo de los mercados de dinero y crédito. En todo momento, el presente estaba ligado al pasado, y en ninguna parte se hallaba un rompimiento.

Pero el cambio institucional empezó a operar abruptamente porque tal es su naturaleza. Se alcanzó la etapa crítica con el establecimiento de un mercado laboral en Inglaterra, donde los trabajadores afrontaban la amenaza de la inanición si no respetaban las reglas del trabajo asalariado. En cuanto se dio este paso drástico, el mecanismo del mercado autorregulado echó a andar. Su efecto sobre la sociedad fue tan violento que, casi instantáneamente y sin ningún cambio previo de la opinión, surgieron poderosas reacciones protectoras.

De igual modo, a pesar de su naturaleza y su origen ampliamente diferentes, los mercados de los diversos elementos de la industria mostraban ahora un desarrollo paralelo. Esto no podría haber sido de otro modo. La protección del hombre, la naturaleza y la organización productiva equivalía a una interferencia con los mercados de mano de obra y de tierra, así como en los mercados del medio de cambio, el dinero, lo que *ipso facto* afectaba

a la autorregulación del sistema. Dado que el propósito de la intervención era la rehabilitación de la vida de los hombres y su ambiente, para darles cierta seguridad en su posición, inevitablemente trataba de reducir la flexibilidad de los salarios y la movilidad de la mano de obra, dando estabilidad a los ingresos y continuidad a la producción, introduciendo el control público de los recursos nacionales y la administración de las monedas a fin de evitar los cambios perturbadores del nivel de los precios.

La Depresión de 1873-1886 y la aflicción agraria de los años setenta agravó la tensión permanentemente. Al inicio de la Depresión, Europa había estado en el apogeo del libre comercio. El nuevo reich alemán había impuesto a Francia la cláusula de la nación más favorecida, la había obligado a derogar los aranceles sobre el hierro en lingotes, y había introducido el patrón oro. Al terminar la Depresión, Alemania se había rodeado de aranceles protectores, había establecido una organización de cartel general, creado un sistema de seguridad social comprensivo, y estaba practicando políticas coloniales de alta presión. El prusianismo, que había sido un pionero del libre comercio, era evidentemente tan poco responsable del cambio al proteccionismo como de la introducción del "colectivismo". Los Estados Unidos tenían aranceles más elevados aún que el reich, y eran tan "colectivistas" a su modo: subsidiaban fuertemente la construcción de ferrocarriles largos y desarrollaban la formación elefantíaca de los monopolios.

Todos los países de Occidente seguían la misma tendencia, cualesquiera que fuesen su mentalidad y su historia nacionales.² Con el patrón oro internacional se puso en operación el aparato de mercado más ambicioso de todos, el que implicaba la independencia absoluta de los mercados frente a las autoridades nacionales. El comercio mundial significaba ahora la organización de la vida en el planeta bajo un mercado autorregulado que incluía la mano de obra, la tierra y el dinero, con el patrón oro como el guardián de esta automatización gigantesca. Naciones y pueblos eran simples muñecos en un espectáculo que escapaba por completo a su control. Se protegían contra el desempleo y la inestabilidad con el auxilio de los bancos centrales y los aranceles aduaneros, complementados por las leyes migratorias. Estos dispositivos trataban de contrarrestar los efectos destructivos del libre comercio más las monedas fijas, y en la medida en que lograban este propósito interferían con el funcionamiento de tales mecanismos. Aunque cada restricción singular tenía sus beneficiarios, cuyos beneficios o salarios exce-

² G. D. H. Cole afirma que el decenio de 1870 fue "con mucho el periodo más activo de todo el siglo XIX en lo referente a la legislación social".

dentes eran una carga para todos los demás ciudadanos, a menudo era sólo el *monto* de la carga lo que resultaba injustificado, no la protección misma. A largo plazo había una baja generalizada de los precios que beneficiaba a todos.

Ya estuviese justificada o no la protección, los efectos de las intervenciones ponían de relieve una debilidad del sistema de mercado mundial. Los aranceles impuestos a las importaciones de un país perjudicaban a las exportaciones de otro país y lo obligaban a buscar mercados en regiones políticamente desprotegidas. El imperialismo económico era principalmente una lucha entre las potencias por el privilegio de extender su comercio hacia mercados políticamente desprotegidos. La presión por las exportaciones se reforzaba por una rebatía de los abastos de materias primas provocada por la fiebre manufacturera. Los gobiernos apoyaban a sus nacionales que realizaban negocios en los países atrasados. El comercio y la bandera se perseguían recíprocamente. El imperialismo y la preparación semiconsciente para la autarquía constituían la inclinación de las potencias que se veían cada vez más dependientes de un sistema de economía mundial cada vez menos confiable. Y sin embargo, era imperativo el mantenimiento rígido de la integridad del patrón oro internacional. Ésta era una fuente institucional de la perturbación.

Dentro de las fronteras nacionales operaba una contradicción similar. El proteccionismo ayudaba a transformar los mercados competitivos en mercados monopólicos. Los mercados podían describirse cada vez menos como mecanismos autónomos y automáticos de átomos competitivos. Cada vez más se veían los individuos remplazados por las asociaciones, los hombres y el capital unidos a grupos no competitivos. El ajuste económico se hizo lento y difícil. La autorregulación de los mercados se vio gravemente afectada. Eventualmente, las estructuras de precios y costos sin ajuste prolongaban las depresiones, el equipo sin ajuste retardaba la liquidación de las inversiones poco rentables, los niveles de precios e ingresos sin ajuste provocaban tensiones sociales. Y cualquiera que fuese el mercado en cuestión —mano de obra, tierra o dinero— la tensión trascendería a la zona económica y el balance tendría que restablecerse por medios políticos. Sin embargo, la separación institucional de la esfera política y la esfera económica era constitutiva de la sociedad de mercado y debía mantenerse cualquiera que fuese la tensión involucrada. Ésta era la otra fuente de la tensión perturbadora.

Nos acercamos a la conclusión de nuestra narración. Sin embargo, una

parte considerable de nuestro argumento no ha sido desarrollada. Aunque hemos podido probar fuera de toda duda que en la base de la transformación se encontraba el fracaso de la utopía del mercado, todavía debemos mostrar la manera en que esta causa determinó los eventos reales.

En cierto sentido, ésta es una tarea imposible porque la historia no la fragua un solo factor. Pero con toda su riqueza y diversidad, el flujo de la historia tiene sus situaciones y alternativas recurrentes que explican la similitud general de la textura de los eventos de una época. No tenemos que preocuparnos por el borde de los pequeños remolinos imprevisibles, si podemos explicar hasta cierto punto las regularidades que gobiernan las corrientes y contracorrientes bajo condiciones típicas.

En el siglo XIX tales condiciones estaban dadas por el mecanismo del mercado autorregulado, cuyos requerimientos debían ser satisfechos por la vida nacional e internacional. De ese mecanismo se seguían dos peculiaridades de la civilización: su rígido determinismo y su carácter económico. La perspectiva contemporánea tendía a conectar ambas cosas y a suponer que el determinismo derivaba de la naturaleza de la motivación económica, según la cual se esperaba que los individuos persiguieran sus intereses monetarios. En realidad no había ninguna conexión entre las dos cosas. El "determinismo" tan prominente en muchos detalles era simplemente el resultado del mecanismo de una sociedad de mercado con sus alternativas previsibles, cuya severidad se atribuía erróneamente al vigor de las motivaciones materialistas. El sistema de oferta-demanda-precio estará siempre balanceado, cualesquiera que sean las motivaciones de los individuos, y las motivaciones económicas por sí mismas son notoriamente mucho menos eficaces que las llamadas motivaciones emocionales para la mayoría de la gente.

La humanidad no estaba atrapada por motivaciones nuevas sino por mecanismos nuevos. En suma, la tensión surgía de la zona del mercado; de allí pasaba a la esfera política, alcanzando así a toda la sociedad. Pero dentro de las naciones singulares, la tensión permanecía latente mientras que la economía mundial continuara funcionando. Sólo cuando se disolvió la última de sus instituciones sobrevivientes, el patrón oro, se liberó la tensión existente dentro de las naciones. Aunque sus respuestas ante la nueva situación eran diferentes, en esencia representaban ajustes ante la desaparición de la economía mundial tradicional; cuando tal economía se desintegró, la propia civilización del mercado se vio tragada. Esto explica el hecho casi increíble de que una civilización estaba siendo destruida por la acción ciega de

instituciones sin alma, cuyo único propósito era el incremento automático del bienestar material.

¿Pero cómo ocurrió efectivamente lo que era inevitable? ¿Cómo se tradujo en los eventos políticos que forman el núcleo de la historia? En esta fase final de la caída de la economía de mercado intervino decisivamente el conflicto de las fuerzas clasistas.

TERCERA PARTE LA TRANSFORMACIÓN EN PROGRESO